

# Príncipe de Viana

---

2014

Año LXXV Núm. 260



SEPARATA

*La Avalancha. La realidad social a través  
de la prensa doctrinaria navarra*

**Gari López Albizu  
Jesús María Osés Gorraiz**

# PRÍNCIPE DE VIANA

## SUMARIO

### ARTE

#### **Juan Antonio Olañeta Molina**

La escultura de Echano y Sarbazan. Talleres, filiación y propuesta de interpretación de sus capiteles ..... 347

#### **Rebeca Madurga Contiente**

Joaquín Maya: un paradigma del músico decimonónico ..... 379

#### **Juan Cruz Resano López**

Piedra y plomo, metarrelato y distopía: significación de la evolución escultórica de Alfredo Sada ..... 411

### HISTORIA

#### *Medieval*

#### **Salvador Remírez Vallejo**

Martín López de Estella: un caballero navarro de la Orden del Temple perteneciente al linaje de los Azagra ..... 435

#### **Francisco Javier Baztán Moreno**

El señorío de Iriberry ..... 471

#### *Contemporánea*

#### **Carlos Santacara Sánchez**

Manuscritos ingleses sobre Navarra en 1813 ..... 501

#### **Gari López Albizu / Jesús María Osés Gorraiz**

*La Avalancha*. La realidad social a través de la prensa doctrinaria navarra ..... 551

#### **Víctor Manuel Arbeloa Muru**

De la Comisión Gestora a la Diputación Foral de Navarra (1931-1935) ..... 589

#### **Juan Carrasco**

La escritura de la historia a la luz y a la sombra de los congresos de la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra (1986-2010) ..... 631

#### *Archivística*

#### **Juan José Martinena Ruiz**

Organización e inventarios del archivo de la Cámara de Comptos antes de la reordenación de 1786 ..... 645

**Félix Segura Urra**

Fondos y colecciones personales y familiares en el Archivo Real y General de Navarra ..... 665

**Peio J. Monteano Sorbet**

Cuentas de los pueblos. El Real Consejo de Navarra y el gobierno local ..... 701

**Diego Val Arnedo**

Los consejos provinciales y su documentación. El fondo documental del Consejo Provincial de Navarra (1845-1868) ..... 717

**M.<sup>a</sup> Carmen Munárriz Elizondo**

Orígenes institucionales y fondo documental de la Delegación Provincial de Hacienda de Navarra ..... 745



Año 75  
Número 260  
2014

# *La Avalancha. La realidad social a través de la prensa doctrinaria navarra*

Gari LÓPEZ ALBIZU\*  
Jesús M.<sup>a</sup> OSÉS GORRAIZ\*\*

## INTRODUCCIÓN

La ideología es una forma de comprender la realidad social. Tanto si se tiene una visión restrictiva de esta, entendiéndola en términos meramente políticos, como si se analiza desde una visión extensiva, no cabe duda de que la ideología influye en la forma de pensar de las personas y, por qué no, simplifica y distorsiona la realidad mediante la búsqueda de un equilibrio entre la persuasión de la ciencia y el dogmatismo religioso.

En este trabajo pretendemos esclarecer este último aspecto. ¿En qué medida puede la ideología, mediante un discurso fuertemente sometido a un conjunto de dogmas, influir en el pensamiento y en la acción de las personas? Y aún más, ¿cómo puede la religión ser un eje vertebrador en la comprensión de todos y cada uno de los aspectos de la vida social?

En la búsqueda el movimiento católico es sin duda un lugar de parada obligatoria. Para estudiarlo hemos escogido una revista afín a esta corriente ideológica tan arraigada en Navarra desde finales del siglo XIX a la primera mitad del XX, titulada *La Avalancha*. Dada la creciente importancia en esa época de la prensa escrita y la posibilidad de tener acceso a ella actualmente, es un medio idóneo para un análisis en profundidad al que se ha dado escaso tratamiento. El estudio se limitará a los números publicados desde 1930 hasta 1940, debido a la dificultad de abarcar todo el tiempo en el que la revista estuvo en la calle (de 1895 a 1950) y a la importancia del propio momento histórico de la década.

\* Licenciado de Sociología.

\*\* Profesor Titular de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos.

ANÁLISIS DE CONTENIDO: *LA AVALANCHA*

Con la aparición de la encíclica del papa León XIII *Rerum Novarum* (1891) se pone de manifiesto la necesidad de adaptación, por parte de la Iglesia, a la realidad del trabajo. La cuestión social (justicia social, propiedad, sindicalismo...) pasará a ser un ámbito que se abordará desde el recién creado catolicismo social.

El catolicismo social se encargará, entre otros aspectos, de la alfabetización de la clase trabajadora, con el afán de frenar el avance de la heterodoxia, sea el anarquismo o el marxismo. Ya que la implantación de la imprenta había sido inevitable, el catolicismo social se procura un lugar en la enseñanza para poder controlar e impulsar la buena lectura, fuera de ideas contrarias a la religión católica. Se crean las bibliotecas populares por parte de distintas sociedades para fomentar la lectura, como el Centro Escolar Dominical de Obreros de Pamplona o la Biblioteca Católico Propagandista.

Esta última nace en el año 1890, con el objetivo de instruir mediante obras científicas y literarias, folletos, revistas y novelas, pero siempre dentro de los límites impuestos por la moral católica y bajo la autorización de un consultor eclesiástico. Se trata más bien de una asociación católica preocupada por la propaganda religiosa que, además, tiene una biblioteca como uno de los medios para alcanzar sus fines, algo que se puede ver en «... el hecho de que de los 37 artículos que contiene el reglamento, solamente 3 están dedicados exclusivamente a la biblioteca»<sup>1</sup>. Resta decir que esta asociación está bajo la dirección de la Iglesia.

El principal medio de difusión de la Biblioteca Católico Propagandista será la revista *La Avalancha*, tal y como figura en la primera página de cada número. De carácter gratuito, *La Avalancha* intentará sobrevivir, además de con suscripciones, con fondos municipales, al considerar su trabajo una obra social, y lo logrará durante cincuenta y cinco años, desde el 19 de marzo de 1895, fecha de su nacimiento, hasta su cierre el 8 de febrero de 1950, con una tirada media anual de veinticinco mil ejemplares<sup>2</sup>. Al principio tendrá cuatro páginas, que luego se ampliarán a ocho y, más tarde, a dieciséis<sup>3</sup>.

De tendencia tradicional y con un marcado cariz doctrinal más que informativo, se opondrá a todas las campañas anticlericales y se guiará por su espíritu antiliberal. Los artículos de apertura del primer número de la revista son toda una declaración de intenciones. El primero, sobre la prensa en general, dice así: «A los que, por su desgracia, no permiten sus preocupaciones o errores figurar en la hueste de Dios Nuestro Señor, combatiremos hasta donde nuestras fuerzas alcancen, siempre con caridad de cristianos y lealtad de caballeros a la vez que con la ruda franqueza de soldados. [...] Por Dios y por la Iglesia, bajo la enseña de Nuestro Santísimo Padre León XIII [...]. He aquí nuestro programa»<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> J. Ema Fernández, «Catolicismo social y bibliotecas populares en Pamplona», *TK*, 6, diciembre de 1998, pp. 64-65.

<sup>2</sup> *Gran enciclopedia navarra, La Avalancha*, [<http://www.enciclopedianavarra.biz/navarra/la-avalancha/10313>] (Consultado el 18/05/12).

<sup>3</sup> El número de cada página en *La Avalancha* se asigna a partir de la cantidad de páginas publicadas en el año hasta ese momento. Así, la primera página del primer número del año será la 1 y la primera del siguiente la 17.

<sup>4</sup> «A la prensa», *La Avalancha*, 1, 19 de marzo de 1895, p. 1.

Y este es el segundo artículo, sobre el título de la revista: «¡La Avalancha! Pues digo ¡es todo un título... y todo un programa! Con él se significa algo como una inundación, como un desborde, con el que se pretende si no contener, por lo menos contrastar y neutralizar y remediar otras inundaciones y desbordes y avalanchas, que tienen por nuestros pecados convertido en charca y cenagal de hediondas aguas lo mejor de nuestra antes tan cristiana España»<sup>5</sup>.

La revista hace un extenso repaso del patrimonio artístico del territorio navarro, sobre todo del eclesiástico. Además de ello, contiene secciones de tipo literario como *Novelas*, la *Sección Recreativa* o *Poesías*, y deja también un espacio importante para las esquelas de defunción. No nos interesan aquí estos artículos, pero sí los catalogados en el *Índice de lo publicado durante el año* como la *Sección de fondo*, las *Cuestiones sociales*, las *Crónicas vasconavarra*s, o la *Mesa revuelta*, en las que, de forma más puntual que regular, se tratan temas sociales y políticos.

### Identidad y territorialidad: el Estatuto

Es difícil representar en unas pocas líneas todo el abanico de idealizaciones colectivas surgidas a lo largo de la historia en Navarra. La idea de una Navarra como entidad diferenciada ha sufrido numerosos cambios desde su desaparición como reino independiente, hecho que, no obstante, ha contribuido a la creación de nuevas representaciones colectivas en el seno de la historiografía local. En el análisis histórico de la identidad navarra se pueden observar múltiples imágenes relacionadas con los orígenes, la pérdida y la continuidad de estructuras sociales que sirven como proyecciones de cara al futuro y que se ven reflejadas en los diferentes discursos de los pensadores de cada época.

Como afirma Sánchez Prieto, «Más allá del conflicto de nacionalismos [...] la historiografía más genuina del XIX certifica la configuración última de dos navarrismos [...] no es fácil explicar la historia de Navarra desde la perspectiva del 'continuum' de identidad, en ningún sentido»<sup>6</sup>. Lo cierto es que en los discursos sobre la identidad colectiva navarra confluyen lo vasco, lo español, lo foral y lo propiamente navarro, de forma que no se puede hablar de una única identidad ni tampoco de una que contenga solamente uno de esos elementos, cosa que se puede entender desde la observación del proceso de su creación y desarrollo a lo largo de la historia.

A partir de la conquista del reino de Navarra a principios del siglo XVI nace una necesidad de reafirmación del reino. Ya en el siglo XVII Moret introducirá la idea de una continuidad histórica, con los vascones como origen de la institución navarra, y la noción de pacto en un afán de aseveración, por un lado, de la concepción del origen de la monarquía como un contrato social, y por el otro, de la unión entre iguales<sup>7</sup> de Castilla y Navarra. Frente a esto Yanguas y Miranda será, en el siglo XIX (en plena discusión sobre la foralidad),

<sup>5</sup> «La Avalancha», *ibid.*

<sup>6</sup> J. M. Sánchez-Prieto, «Historia y representaciones colectivas», en L. Sarriés Sanz y E. Casares García (coord.), *Sociología y sociedad en Navarra. Una visión del cambio*, Sahats, 2010, p. 290.

<sup>7</sup> Moret llamará a este hecho «unión equie-principal». Cfr.: J. M. Sánchez-Prieto, «Historia y representaciones colectivas», en L. Sarriés Sanz y E. Casares García (coord.), *Sociología y sociedad...*, *op. cit.*, p. 276.

el defensor de un fuerismo liberal que desarrollará la idea de un nuevo pacto, esta vez entre la institución foral y el Estado liberal, materializado en la ley paccionada de 1841. Establece así la noción de una España plural.

En tiempos de avance de lo español (el régimen de Cánovas y la abolición de los fueros vascongados en 1876) la Asociación Éuskara de Navarra reúne a una serie de folcloristas y aficionados a la historia, como Olóriz o Campión, que entenderán Navarra como una entidad diferenciada de origen vascón y unida solidariamente con las Provincias Vascongadas, posición que adoptará Campión en su defensa de una etnia vasca cristalizada en el pueblo navarro, sin romper el pacto con la monarquía. Esos elementos étnicos serán rechazados, con la aparición del nacionalismo vasco, por parte de un navarrismo antinacionalista vasco, que ensalzará los fueros y el pacto de 1841.

*La Avalancha* presenta gran parte de los aspectos citados hasta el momento. Hay una exaltación de lo propiamente navarro, de sus instituciones y de su historia, y se liga con lo vasco (sobre todo en los años del debate estatutario) y con la condición de español, todo ello, eso sí, bajo la impronta del catolicismo como nexo común. Al amplio tratamiento de la historia de Navarra y de sus reyes hay que unir una importante presencia de elementos de carácter éuskaro. Tanto es así que una de las secciones de la revista con más artículos se titula *Crónicas vasconavarras*, aunque los artículos referidos a las Provincias Vascongadas sean muy pocos.

*La Avalancha* en ningún momento pone en duda la existencia de España y la pertenencia de Navarra a ella. Se trata de una hispanidad que, además, en días como el de la Raza, desborda fronteras políticas:

Es de desear que el día 12 de octubre de este y de todos los años celebren los pueblos hispanoamericanos la Fiesta de la Raza con la mayor brillantez, para conmemorar como merece el gloriosísimo acontecimiento del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, y para enaltecer como procede los méritos insuperables que los hijos de las Españas han demostrado en pasadas épocas, con admiración del mundo entero<sup>8</sup>.

Día respecto al que Navarra, que «señala las huellas gloriosas que dejaron sus hijos en el Nuevo Mundo», no es ajena y de la que se hace partícipe gracias a una larga lista de navarros: «Como el insigne Pedro de Ursúa, descubridor y colonizador de tierras en el centro y sur de América, y caudillo de la expedición del Dorado, en la cual murió defendiendo la soberanía de España contra los insurrectos que intentaban desconocerla y rechazarla, declarándose independientes de la metrópoli»<sup>9</sup>.

Esa relación entre España y Navarra llega a confundir los dos conceptos, incluso cuando se trata de la historia. En su exaltación de la monarquía española frente a la insurrección republicana, se hace referencia también a los reyes navarros:

Pero no pueden ser olvidados los innumerables reyes de grata recordación, y entre ellos, el católico Recaredo, el santo Fernando III de Castilla, la excelente soberana Isabel la Católica, el gran Carlos I de España y V de

<sup>8</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «El 12 de Octubre o Fiesta de la Raza», *La Avalancha*, 877, 8 de octubre de 1931, p. 292.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

Alemania, el perspicaz, íntegro y prudente Felipe II, el ecuaníme Fernando VI, y otros muchos como Alfonso I de Aragón y Navarra, Sancho el Mayor de la monarquía de Pamplona, Carlos III el Noble de Navarra, y bastantes más que sirvieron a Dios y a la Patria con admiración del mundo<sup>10</sup>.

La relación entre las diferentes regiones que componen el Estado español, reflejada en la anterior cita, solo tiene sentido desde la idea de una unidad católica. De ahí que se enaltezca el carácter religioso de España: «¡Qué español es el Rosario! [...] El Rosario, desde esta santa Cruzada de España, ha quedado incorporado definitivamente por el más sagrado de los plebiscitos, que es el de los muertos de la guerra y el de los mártires de la Religión y de la Patria, al intangible depósito de las costumbres más legítimamente españolas»<sup>11</sup>.

De la misma manera, la desunión preocupa enormemente a los escritores de la revista, que no pueden evitar observar ejemplos de esta en la historia:

Como navarros, podemos considerar los efectos desastrosos que causaron las discordias de los cristianos, recordando los tristes espectáculos que ofrecieron al mundo el rey D. Ramiro I de Aragón, hijo de D. Sancho el Mayor de Navarra, presentándose en Tafalla unido con los reyes moros [...] y oíros muchos cristianos de parecido jaez [...] Pero Dios es infinitamente misericordioso, y seguramente no permitirá la ruina y el aniquilamiento de la España católica que en Él cree<sup>12</sup>.

La España en la que creen las personas que escriben en *La Avalancha* es la de una unidad de múltiples regiones cuyas nacionalidades de origen no se ponen en duda, pero cuya existencia en esos momentos no se afirma taxativamente. Para los autores de esta revista, «... al fundirse con los ínclitos monarcas Isabel y Fernando todas las parcelas regionales en un solo Estado, no archivaron su tipo originario, [...] sino que, aceptando el denominador común de españoles, continuaron los hábitos y costumbres regionales»<sup>13</sup>. De esa manera, «... a pesar del transcurso del tiempo se observan en el alma colectiva de las regiones destellos variables de unas a otras»<sup>14</sup>.

En pleno debate sobre el Estatuto, del que luego hablaremos con mayor detenimiento, si algo se reconoce, independientemente de la pervivencia o no de las diferencias étnicas, es el hecho de que durante la historia, a partir del siglo XV, España ha sido un «Estado federado». Se trata de un federalismo contrario al defendido por autores como Pi y Margall:

... federalismo republicano [...], muy diferente y, en ciertos aspectos, contrario al antiguo estado federativo español; pero a cuya sombra quiere la política imperante resucitar los Estatutos que, bien acordados y practicados, podrían favorecer y ensalzar a la patria. [...] bien acordados y practicados, porque si los Estatutos no se hacen y se cumplen como Dios manda [...] en vez de fomentar la prosperidad servirán para hundir más pronto a España en la ruina y en el caos<sup>15</sup>.

<sup>10</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «¡Dios salve a España!», *La Avalancha*, 867, 8 de mayo de 1932, p. 131.

<sup>11</sup> A. Cayuela, «¡Qué español es el rosario!», *La Avalancha*, 1044, 8 de octubre de 1938, pp. 217-219.

<sup>12</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «La desunión de los católicos», *La Avalancha*, 901, 8 de octubre de 1932, p. 291.

<sup>13</sup> M. Ancil, «Confederaciones y etnias», *La Avalancha*, 872, 24 de julio de 1931, p. 218.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Los Estatutos y sus precursores», *La Avalancha*, 880, 24 de noviembre de 1931, p. 343.



Las referencias a una Navarra unida a la condición de vasca se repiten a lo largo de todo el periodo estudiado, incluso en los últimos años de la guerra. Al parecer de la revista, los navarros son «... los hijos de Aitor [...] pueblo que ni se ha mezclado con otro alguno ni casi ha degenerado bajo el peso de los tiempos»<sup>16</sup>. Como hiciera el padre Moret en su momento, se recurre a la figura de un caudillo anterior a Íñigo Arista, un Pelayo a la navarra, para referirse a los orígenes de ese pueblo: «Al mismo tiempo y con el mismo denuedo que formaba Pelayo la monarquía asturiana, se levantaba en las montañas vascas García Jiménez a defender la independencia, y los navarros saben que aquella monarquía que nació contra la invasión agarena es con la que se formó en Covadonga el cimiento sobre el que se apoya toda la verdadera Historia de la nación española»<sup>17</sup>.

De ese modo, la gente perteneciente a «la tierra de Amaya» (en referencia a la obra de Navarro Villoslada) «son primero españoles, después navarros, y entienden vivir en un reino pequeño, enclavado, a su vez, dentro de otro mayor»<sup>18</sup>. Un reino que «cumple sus deberes nacionales, pero no declina sus derechos regionales; por eso, sin negar auxilio a la marcha general de la Patria grande, reclama y conserva una racional autonomía para administrar los intereses de la patria chica»<sup>19</sup>. Incluso, teniendo en cuenta su carácter ejemplar, se puede hablar de la necesidad de «navarrizar España»<sup>20</sup>.

*Lo vasco* en lo que supone el *ser navarro* se hace patente en frases, casuales, como la aparecida en un relato que nada tiene que ver con lo que ahora estamos tratando, en el que se dice que «... había venido [que no ido] de Castilla a Vizcaya...»<sup>21</sup>, o cuando se intenta dejar clara «... la procedencia de San Francisco de Xavier de la raza vasca...»<sup>22</sup>, una personalidad tan importante para la identidad navarra, y, sobre todo, para un católico, como lo es el patrón de Navarra. Cuando se habla de «la Vasconia comprendida al Norte de España y Sur de Francia»<sup>23</sup>, se refiere al siguiente territorio: «Integra el país vasco el mar ululante y rumoroso de Guipúzcoa, las frondas selváticas y vegas ribereñas de Navarra, las apacibles llanuras de Álava, la mercantil Bayona, los verdeantes campos de San Juan de Pie del Puerto, las serranías donde anidan las águilas en Tardets y Santa Engracia»<sup>24</sup>.

Más tarde, en el mismo artículo se amplía esta idea: «Las provincias Guipúzcoa, Vizcaya, Álava, Navarra, Laburdi, Benabarre y Zuberoa se disgregaron en la edad media de la Historia, quedando Navarra, hasta la edad moderna, regida y sentada sobre las raigambres sólidas y características de sus tradiciones seculares»<sup>25</sup>. O lo que es lo mismo, que Navarra conserva, al menos desde la Edad Moderna, un carácter propio con el que cuenta desde tiempos remotos y que proviene de esa unión anterior.

<sup>16</sup> L. Martínez Kleiser, «La raza de Aitor», *La Avalancha*, 1061, 7 de julio de 1939, p. 146.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> *Ibidem*.

<sup>21</sup> «La indulgencia mutua», *La Avalancha*, 837, 8 de febrero de 1930, p. 27.

<sup>22</sup> I. de B. (seudónimo), «San Francisco de Xavier», *La Avalancha*, 856, 3 de diciembre de 1930, p. 345.

<sup>23</sup> M. Ancil, «¿Quiénes son los vascos?», *La Avalancha*, 858, 24 de diciembre de 1930, p. 373.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

La idea de una Navarra originariamente vasca cobra mayor peso cuando *La Avalancha* cita a autores entre los que destaca Arturo Campión, por cuya persona la revista suele mostrar una gran admiración. En referencia a una conferencia dada por Campión, el autor del artículo cree conveniente rescatar varias cuestiones ya conocidas del pensamiento del escritor navarro entre las que se halla esta sobre Navarra:

Al describir con inspiración magistral los contrastes de la zona montañosa frente al modo de ser de la comarca llana, especialmente la Ribera navarra, encuentra a esta decadente, y al anotar desmanteladas, como obra de un Eolo devastador, las poéticas selvas e impenetrable umbrías de aquella región, en sacrificio al utilitarismo típico de los tiempos modernos y en consonancia con la evolución de los usos y costumbres desvasconizadas, [...] dice así: «A la vez que los árboles se marcha el baskuence, y con el baskuence se marcha el pueblo eúskaro, porque cambiar de lengua es cambiar de alma»<sup>26</sup>.

Esta idea coincide con la crítica a la novela de Navarro Villoslada, de la cual se dice que el paso del tiempo «... no ha impedido que sientan los vascos creciente admiración por la labor del insigne novelista, en lo que tiene de perdurable, que no es poco. Y débese ello al acierto que tuvo Navarro Villoslada en penetrar muy hondo en el alma de su raza, y en concebirla en su unidad»<sup>27</sup>. Obra que, por cierto, comparte con otro de los aspectos de la conferencia de Campión la visión de *lo vasco* ligada a lo católico: «Comentando el respeto de los vascos a la Ley de Dios, se expresa así: “Los frutos pueden permanecer en el campo y los ganados pernoctar en nuestros montes sin otra guarda que la del 7.º Mandamiento”. Escultural frase, tan sencilla como apoteósica, de la honradez vasca, y no siempre aplicable cuando se sale de los linderos de esta tierra mil veces bendita por la Providencia»<sup>28</sup>.

Para los pensadores de *La Avalancha*, como ya hemos dicho antes, la existencia de diferencias regionales es aceptable, e incluso puede que necesaria, siempre y cuando estas no pongan trabas a la unión católica de España. Para ello, la revista recurre a las palabras del integrista guipuzcoano Juan de Olázabal y Ramery para perfilar el tipo de vasquismo que se debe fomentar y preservar: «Nuestro vascongadismo habrá de ser el mismo de nuestros mayores; con el que combatían a sangre y fuego a la morisma, impedían la entrada de herejes y de apóstatas en nuestra tierra y luchaban legendariamente en los campos de batalla contra las huestes de Napoleón, importadoras a la vez de los principios revolucionarios del filosofismo francés. Habrá de ser el vascongadismo que palpita en nuestras seculares leyes»<sup>29</sup>.

Más allá de la nación española y del «vascongadismo» Navarra es, por sí sola, una identidad colectiva con mucha fuerza en el pensamiento de la revista. Navarra es navarra y de la lectura de *La Avalancha* se desprende la concepción de unos atributos que son propiamente navarros. La dimensión estrictamente navarra del discurso está centrada en un par cuestiones. La primera, que ya ha

<sup>26</sup> J. Altadil, «El espíritu de Campión», *La Avalancha*, 882, 24 de diciembre de 1931, p. 372.

<sup>27</sup> B. de Echegaray, «El vasquismo de Navarro Villoslada», *La Avalancha*, 907, 9 de enero de 1933, p. 7.

<sup>28</sup> J. Altadil, «El espíritu de Campión», *op. cit.*, p. 372.

<sup>29</sup> «Don Juan de Olázabal y Ramery», *La Avalancha*, 1004, 8 de febrero de 1937, p. 27.

ido apareciendo a lo largo de la explicación sobre las identidades, es la historia, muy importante en el caso navarro (ya que fue un reino independiente durante siglos). Y es una historia, además, que en muchos casos se articula en torno a la idea de *Navarra frente al otro*, mediante la rememoración de las gestas contra los invasores: «Yo señalo, en la zona montañosa, a Roncesvalles realizando, en la defensa de la patria ultrajada, una de las hazañas más famosas de la historia universal, y a Roncal escribiendo con sangre de héroes y de heroínas la gesta brillantísima de Olast. [...] Sangüesa, [...] defendiendo a Navarra con uno de los hechos más gloriosos de su historia, en el reinado de Luis Hutín»<sup>30</sup>.

Esta concepción de Navarra como identidad diferenciada es tal que no se entiende la disgregación de partes de la misma hacia otras etnias, como podría ser el caso de la Ribera con respecto a Aragón: «Nada, pues, de desdeñar a los pueblos ribereños del Ebro ni a ningún otro, por alejado que esté del centro de Navarra; porque eso resulta irracional, injusto, antipatriótico y hasta suicida; aunque se haga, como es de suponer que lo hacen algunos, quizá como una broma de mal gusto, o en un momento que no deja de ser censurable. Todos los navarros sin distinción somos igualmente navarros, porque toda la Navarra es navarra»<sup>31</sup>.

Pero si por algo destaca Navarra sobre las demás regiones es por una serie de usos y costumbres mantenidas a lo largo del tiempo: los fueros. La cuestión foral es uno de los ejes principales en la construcción identitaria del sentir colectivo navarro y, en el caso de la revista, tendrá una importancia decisoria cuando se produzca el debate sobre el Estatuto (1931-1932) y se tenga que decidir entre el Estatuto navarro y el vasconavarro.

Los fueros son, por un lado, la forma por la que «... los pueblos navarros, en general, adquirieron sus libertades, franquicias [...] de los reyes»<sup>32</sup>. Y no es para menos, ya que para *La Avalancha*, la importancia de los municipios «... resalta mucho [...] y se justifica perfectamente el interés que tienen para todos los ciudadanos, así como la predilección con que los vecinos atienden a la constitución de los ayuntamientos, eligiendo para administrarlos a los regidores [...] que sepan y quieran cumplir [...] la ley de Dios»<sup>33</sup>.

Sin embargo, en un sentido más amplio, los fueros son la plasmación escrita de una continuidad histórica cuya legitimidad está fundamentada en la tradición: «El origen del Fuero puede hallarse en el derecho consuetudinario de nuestros remotos antepasados, los cuales formaban sus costumbres y las transmitían a las generaciones sucesivas [...] Estos fueros los guardaba la tradición como un depósito sagrado confiado a la memoria de los regnicolas, hasta que la Corona y los súbditos acordaron escribirlos para su mayor permanencia y más fácil interpretación»<sup>34</sup>.

Los fueros, pues, son clave en la identidad navarra, hasta el punto de convertirlos en su icono, en una bandera que supondrá la unión de la ley temporal

<sup>30</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Toda la Navarra es navarra», *La Avalancha*, 976, 7 de diciembre de 1935, pp. 359-360.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 360.

<sup>32</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Algo sobre los Fueros de Navarra», *La Avalancha*, 906, 24 de diciembre de 1932, p. 371.

<sup>33</sup> *Idem*, «Importancia de los municipios», *La Avalancha*, 865, 8 de abril de 1931, p. 100.

<sup>34</sup> *Idem*, «Algo sobre los Fueros de Navarra», *op. cit.*, p. 371.

con la religión: «... la Religión y las instituciones veneradas del país, o sea, Dios y Fueros, pueden servir de lema a la bandera de los navarros en las actuales circunstancias: porque Dios y los Fueros están siempre en todo corazón navarro no descastado, y los navarros descastados ya no son navarros»<sup>35</sup>.

Con la llegada de la República y el debate sobre el estatuto de autonomía saldrán a relucir todas estas cuestiones, con un marcado peso de la foralidad navarra en el posicionamiento de la revista. La preocupación primera de esta consistirá, siguiendo con su línea ideológica, en saber cuál será el papel de la Iglesia en el nuevo órgano institucional y en ámbitos clave como la educación. Se propugna una institución confesional, ya que «... no conviene ligarse con principios laicos y poderes escépticos que pueden luego causarnos trastornos y quizá imponernos abdicaciones»<sup>36</sup>. Demandas que se verán satisfechas «... con el Estatuto [...] redactado por una ponencia, modificado ventajosamente en Estella y aprobado en la asamblea de ayuntamientos de Pamplona»<sup>37</sup>.

Además hay una preferencia manifiesta por un estatuto único para Navarra, frente al compartido con las Provincias Vascongadas. Se vuelve a reclamar la situación anterior al pacto de 1841, exigiéndose «Reintegrar a Navarra en sus existencias legislativas de 1839, derogando, o reformando en su caso, la Ley del mismo año que alteró nuestros fueros»<sup>38</sup>. Unos fueros que «... por su adaptación a la vida moderna, puedan ser incorporados al Estatuto navarro (si puede ser, exclusivamente navarro, como los Fueros)»<sup>39</sup>.

Esta preferencia viene de esa idea de Navarra como entidad diferenciada. En palabras de Juan Pascual Esteban y Chavarría, escritor de este y otros artículos en la revista sobre los estatutos y los fueros,

No es momento oportuno para discutir si debe prevalecer el llamado Estatuto navarro o el vasconavarro, pues sin ocultar mi ya conocida preferencia por el primero, no por desamor a Vasconia, que mucho quiero, sino porque el amor a Navarra me lleva a desearla actuando en la vida nacional tal como nos la han transmitido la verdadera tradición y la historia, o sea como reino de por sí, desligado de los demás, aunque amante de sus hermanos<sup>40</sup>.

Lo primordial, es, pues, «... defender como proceda el Estatuto más conveniente a la santa causa de Dios y de los Fueros de Navarra»<sup>41</sup>, razón por la cual el mismo autor advertirá, ya en 1932, sobre la posible pérdida de ese carácter propio en una unión con las Provincias Vascongadas:

Para constituir una agrupación común con el propósito de realizar importantes fines de la vida regional, sentimos repugnancias invencibles para renunciar al Estatuto navarro prescindiendo de la personalidad política e

<sup>35</sup> *Idem*, «El lema de la bandera navarra», *La Avalancha*, 870, 24 de junio de 1931, p. 186.

<sup>36</sup> J. Garrán, «El Estatuto de Autonomía y la escuela foral», *La Avalancha*, 870, 24 de junio de 1931, p. 185.

<sup>37</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Nuestro Estatuto», *La Avalancha*, 875, 8 de septiembre de 1931, p. 259.

<sup>38</sup> J. Garrán, «El Estatuto de Autonomía...», *op. cit.*, p. 184.

<sup>39</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «El lema de la bandera...», *op. cit.*, p. 186.

<sup>40</sup> *Idem*, «Nuestro Estatuto», *op. cit.*, p. 259.

<sup>41</sup> *Ibidem*.

histórica de Navarra, aunque sea conservando sus rasgos más característicos, con objeto de incrustarlo en otra de mayor importancia, y teniendo además que sacrificar para ello la tradición que forjó en la historia al Reino navarro con personalidad propia de gran relieve<sup>42</sup>.

Esto es algo que no se puede comprender en su integridad si no se tiene en cuenta la idea de la unión de igual a igual entre el poder central y Navarra de la que hablábamos al principio del capítulo. El hecho es que «... la mayor importancia del caso está en su origen perfecto, o sea en el pacto solemne que precedió a la incorporación del Reino a Castilla, y después, en el pacto ley de 1841, además de otras disposiciones también paccionadas...», por lo que «... menguado servicio se prestaría a Navarra si para gozar del Estatuto en proyecto se le obligara a acampar a la sombra de una Constitución [...] aceptando sus beneficios solo como un favor o gracia del poder central»<sup>43</sup>. La unión eqüe-principal<sup>44</sup> defendida en su momento por Moret es más importante que cualquier ampliación de las competencias del régimen navarro.

Las representaciones colectivas en *La Avalancha* son, pues, complejas y no se pueden entender desde un punto de vista de debate entre nacionalismo vasco y nacionalismo español. De hecho, su condición de españoles no es contradictoria con la idea de una etnia originaria compartida con las Provincias Vascaas, de tal manera que, en ocasiones, lo navarro se confunde con lo vasco, o al menos, se liga a este con la fórmula de *vasconavarros*, dejando clara la diferencia entre las dos. Eso sí, Navarra es en sí una entidad diferenciada gracias a su pasado de reino independiente y la conservación de sus fueros. Pero, ante todo, la identidad depende de si es o no compatible con la defensa de la fe católica.

De manera clara resume estas ideas el presidente de la Acción Católica diocesana, José Sánchez Marco, en un mitin de afirmación católica en Pamplona cuando, al dirigirse al público en las gradas de la plaza de toros, exclama: «¡Pamploneses! ¡Navarros! ¡Vasconavarros! y ¡Católicos españoles todos!»<sup>45</sup>.

### **Socialismo y catolicismo social: entre la desigualdad y la herejía**

En la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII se advierte del surgimiento de una nueva fuerza social que amenaza el poder de la Iglesia, no solo en el plano político, sino también en el social. El socialismo, con sus promesas de una justicia terrenal, está cuestionando el papel que la institución eclesástica tenía sobre el ordenamiento social, por lo que el movimiento católico surgido de la encíclica pone de manifiesto la necesidad de nuevos planteamientos basados en el catolicismo social para solucionar, o al menos atenuar, los problemas de desigualdad social creados a raíz de la industrialización.

Pese a que la crítica al liberalismo queda patente en lo que respecta a su sistema de valores y a su papel en la creación de desigualdades sociales, en *La*

<sup>42</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Por la autonomía regional», *La Avalancha*, 891, 9 de mayo de 1932, p. 130.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 131.

<sup>44</sup> *Cf.*: nota 17.

<sup>45</sup> «Grandioso mitin de afirmación católica y fuerista en Pamplona», *La Avalancha*, 870, 24 de junio de 1931, p. 181.

*Avalancha* no se rechaza la existencia de la propiedad privada. Es más, haciendo referencia a la famosa encíclica inspiradora del movimiento católico, se habla de la propiedad privada como condición de la naturaleza humana, junto con la religión y el matrimonio: «Los animales irracionales no son dueños de sus actos [...] Uno de estos instintos los mueve a defender su vida, y otro a conservar su especie. Lo cual consiguen con solo usar de lo que tienen presente; pero no pueden pasar más adelante [...] Por esto, por ser el hombre el solo animal dotado de razón, hay que concederle necesariamente la facultad, no solo de usar, sino de poseer, con derecho estable y perpetuo [...]»<sup>46</sup>.

Sin embargo, a sabiendas de las demandas crecientes hechas por el socialismo, las condiciones materiales de vida son una cuestión central en las reflexiones de la revista. Para empezar, se pone en duda la igualdad de derechos (incidiendo en la lucha de clases) en el sistema del orden liberal: «Uno de estos días, uno de esos intelectuales que se dicen demócratas, Valle Inclán, se metió con dos guardias de seguridad, porque sí, y los insultó soezmente. Los guardias se hicieron los sordos, limitándose a dar parte de lo sucedido. [...] La igualdad ante la ley. Si un obrero hubiera cometido semejante grosería le hubieran metido en seguida en la perrera. ¿Por qué no se ha de hacer lo propio con Valle Inclán?»<sup>47</sup>.

Partiendo de esta premisa, en *La Avalancha* se admite la existencia de diferentes clases sociales e incluso de una lucha entre estas. De este modo, «... los inventos y máquinas que tanto han hecho progresar la industria, la agricultura y todo trabajo en general; el haberse acumulado la riqueza en manos de unos pocos, y empobrecido la multitud [...] esas son, según León XIII las causas de que haya estallado esa guerra tan terrible de unos contra otros»<sup>48</sup>.

Para los autores, «... la humanidad está agitada por pasiones bajas y levantiscas que tienen su origen, principalmente, en la envidia, en el orgullo y en el odio, generadores de la lucha de clases, y que terminan en la revolución social...», de manera que son «... pequeños todos los esfuerzos que se realizan para destruir los planes revolucionarios...», pero hay que complementar los intentos de neutralizar la revolución sin «... desatender los males que la revolución pretende curar, aumentándolos y agravándolos»<sup>49</sup>. Se hace, pues, necesaria la justicia social: frente a la de «... la revolución, que es rencor, venganza y el prototipo de toda iniquidad [...] el cristianismo, que es amor, ecuanimidad y verdadera escuela de ciudadanía»<sup>50</sup>. Se defiende que «... es un error pensar que la Iglesia católica no ha predicado siempre esta doctrina salvadora, aunque por desgracia sea también cierto que algunos o muchos católicos [...], hayan olvidado algo a los humildes que hoy sean desesperados, y como tales, defensores fanáticos de la revolución»<sup>51</sup>.

Por lo tanto, la revista denuncia la desigualdad causante de desórdenes sociales y lo hace, por un lado, atendiendo a las contradicciones generadas

<sup>46</sup> Fabio, «Hacia la bestia», *La Avalancha*, 875, 8 de septiembre de 1931, p. 260.

<sup>47</sup> «La igualdad ante la ley», *La Avalancha*, 844, 24 de mayo de 1930, p. 156.

<sup>48</sup> «Causas de la cuestión social», *La Avalancha*, 888, 24 de marzo de 1932, p. 92.

<sup>49</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Las cuestiones sociales en nuestra patria», *La Avalancha*, 973, 24 de octubre de 1935, pp. 308-309.

<sup>50</sup> *Ibidem*.

<sup>51</sup> *Ibidem*.

por el propio capitalismo. El reparto de la tierra es un tema en el que se observan las desigualdades sociales, de modo que, en el caso de Navarra, gracias al minifundismo predominante que «... da un carácter especial a la sociología de Navarra [...] apenas existe separación de clases, dando origen la múltiple repartición de la propiedad a un estado de clase media en la cual pueden incluirse la generalidad de sus vecinos»<sup>52</sup>.

En lo referente al desarrollo industrial, se llama la atención sobre el hecho de que «... la sociedad actual sufre la concentración de obreros, hombres, mujeres y niños, en las fábricas...»<sup>53</sup>, una sociedad «... toda de velocidades y de rápidos recorridos que convierten al hombre en autómatas del tiempo y del espacio» y que necesita de «complejos elementos [...] enlazados como los engranajes de una máquina»<sup>54</sup>. Tanto en el problema de la tierra como en el de la industria se propone una solución ligada al ámbito familiar. En el caso del segundo problema (el industrial), «... la repartición de la electricidad permite, en muchos casos, reconstituir el taller familiar en el campo y en la casa, donde el artesano, su mujer y sus hijos, pueden en conjunto unir al trabajo agrícola el trabajo industrial...», con lo que «... para ciertas industrias desaparece la gran fábrica, repartiéndose la producción en varios pequeños talleres»<sup>55</sup>.

La desigualdad social es, pues, una consecuencia lógica del desarrollo industrial. En opinión de los autores «... no hay progreso industrial que no se levante sobre ruinas y lágrimas de los industriales anticuados por él...»: las victorias de estos desarrollos, son menos cruentas que las de una guerra, pero «... no por eso suelen ir acompañadas de menos lamentable cortejo de vencidos»<sup>56</sup>. En ese juego de vencedores y vencidos la situación de los segundos se agrava: «Recuerdo que cuando estudié Economía Política nos ponderaban los bienes de la división del trabajo, de la industria en grande escala, que ofrece al obrero, por pocos reales, un espejo cual no lo tenían en la Edad Media las princesas y señoras feudales. Pero, ¿de qué le sirve al pobre ese terso espejo, si su azogada luna ha de reflejar su rostro macilento y consumido por la envidia, más que por las mismas penalidades físicas?»<sup>57</sup>.

Por esta razón, «... el pueblo vivía antes pobre, pero resignado y alegre en medio de sus trabajos; al paso que hoy vive, [...] sacudiendo con rabia las cadenas del trabajo y la pobreza, que se le hacen tan pesadas como lo fueron en otro tiempo la esclavitud»<sup>58</sup>. En consecuencia, además de la infelicidad debida a las condiciones de vida materiales, existe otra que tiene que ver con los valores de la sociedad industrial. «Por más que la ciencia invente, y por más que la ciencia progrese, y el comercio traiga de todas partes cuanto puede apeteecer el sentido y la fantasía de los hombres, la felicidad común no aumenta...»<sup>59</sup>, ya

<sup>52</sup> M. Ancil, «De la vida rural», *La Avalancha*, 844, 24 de mayo de 1930, p. 151.

<sup>53</sup> *Idem*, «El taller familiar», *La Avalancha*, 875, 8 de septiembre de 1931, p. 263.

<sup>54</sup> *Idem*, «La civilización mecánica», *La Avalancha*, 888, p. 87.

<sup>55</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Efectos de los transtornos públicos», *La Avalancha*, 899, 8 de septiembre de 1932, p. 263.

<sup>56</sup> R. Ruiz Amado, «Pan para todos», *La Avalancha*, 982, 9 de marzo de 1936, p. 72.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>58</sup> *Ibidem*.

<sup>59</sup> *Ibidem*.

que a la propia imposibilidad de prosperar hay que añadir las aspiraciones de la clase baja, que además son erróneas.

La crítica, pues, va en dos sentidos. El primero tiene que ver con la desigualdad social y con el hecho de que la clase baja se vea tristemente reflejada en el espejo de la injusticia social. Unido a esto, el segundo se refiere a la felicidad basada en los deseos materiales y en los valores que de aquí se desprenden. En *La Avalancha* hay una crítica profunda al egoísmo imperante en la sociedad: «Estás en la opulencia, y la ley del embudo rige con el único fin de que sea tuyo todo lo bueno del mundo, y para que de los pobres no sea absolutamente nada, sino lo que les perjudique. Estás en la pobreza, y no invocas sino derechos, volviendo la espalda a todos los deberes, y hasta te crees autorizado para devolver mal por bien, aun a tus mismos bienhechores»<sup>60</sup>.

De manera que «... la incompreensión, el orgullo, el egoísmo, el desamor y la mala voluntad continúan sosteniendo la lucha de clases más feroz en todo el mundo...»<sup>61</sup>, y eso ocurre porque no se busca acertadamente la verdadera felicidad. Por parte de la revista se niega la felicidad obtenida por medios materiales. Ni la «... salud robusta...», ni unas «... rentas cuantiosas...» son sinónimo de esta, ya que «... puede uno ser muy robusto y tener al mismo tiempo lacerado el corazón y atravesado por agudas espinas...» y «... muchos adinerados, a pesar de su abundancia tienen que abstenerse de infinidad de cosas porque su quebrantada salud lo exige imperiosamente»<sup>62</sup>.

Ligando esta última cuestión con la desigualdad, en *La Avalancha* se plantea un debate sobre las necesidades. «La sociedad contemporánea se hunde en el cenagoso abismo de un materialismo asfixiante...»<sup>63</sup> y, en consecuencia, «... el hombre, la humanidad, no ha podido salvarse solo con repararle los medios económicos para su subsistencia. No se salvará con ellos solo tampoco en lo sucesivo»<sup>64</sup>. El problema es, pues, de conducta social: «... la vida moderna, ni es difícil, ni es cara, ni imposible, [...] Lo que ocurre es que ustedes, llevados de una ilusión óptica nacida de su sensualidad y de su ambición, confunden la carestía del lujo. [...] No es caro el vivir. Lo que es caro es presumir, figurar, vivir para el vecino...»<sup>65</sup>, lo que se traduce en que la «... conducta de las clases bajas es la misma de la clase media [...] En todas ha entrado el vicio del despilfarro, y la vida moderna arrastra al malestar que se manifiesta con quejas y lamentaciones»<sup>66</sup>. La solución contra el materialismo, como veremos más adelante, es «... atender principalmente a esos otros bienes imponderables que son como la razón de vida del hombre y de la sociedad...»<sup>67</sup>, siguiendo el ejemplo de «... la vida de antes [que] era más sencilla, más austera, más cristiana, en una palabra»<sup>68</sup>.

En definitiva, a la desigualdad social hay que sumar una crisis de valores basados en el egoísmo y en la identificación de la felicidad con la obtención

<sup>60</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «La más famosa ley», *La Avalancha*, 893, 8 de junio de 1932, p. 164.

<sup>61</sup> *Idem*, «Fórmula de justicia social», *La Avalancha*, 914, 24 de abril de 1933, p. 115.

<sup>62</sup> El prior de Roncesvalles, «Una encuesta», *La Avalancha*, 842, 24 de abril de 1930, p. 115.

<sup>63</sup> E. T., «Economía y despilfarro», *La Avalancha*, 908, 24 de enero de 1933, p. 25.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>65</sup> M., «La vida difícil», *La Avalancha*, 961, 24 de abril de 1935, p. 117.

<sup>66</sup> «Cuál es el secreto», *La Avalancha*, 956, 8 de febrero de 1935, p. 36.

<sup>67</sup> E. T., «Economía y despilfarro», *op. cit.*, p. 26.

<sup>68</sup> M., «La vida difícil», *op. cit.*, p. 117.



de bienes materiales. Estos valores causan, a su vez, aspiraciones ilusorias por parte de los sectores más bajos de la sociedad a modo de despilfarro, algo que no hace más que profundizar en la brecha de la desigualdad y en el odio. En todo esto falta todavía un último elemento: la respuesta a la pregunta de quién es el responsable de gestionar y utilizar ese odio para su propio beneficio. Es aquí donde el ataque hacia el socialismo se hace notorio.

En *La Avalancha* hay una opinión manifiesta sobre la ignorancia generalizada de los trabajadores. En ocasiones se les llega a tratar de estúpidos y, en mayor medida, de analfabetos, como en este caso: «Lo que ocurre es que estos pensamientos, como dichos en un discurso académico, Besteiro los ha tenido que envolver en papel de plata, y no llegarán fácilmente a los medios rurales y analfabéticos. Habría que traducirlos a lenguaje que entendiesen bien. Por ejemplo, en esta forma: —¿Sabéis lo que “sus” quiere decir? Pues que el Socialismo no reparte “na”. ¡Pero “na”! ¡A ver si os entra en la “caeza”!»<sup>69</sup>.

Esta ignorancia del obrero choca con las pretensiones inculcadas, según los autores, por las escuelas socialistas, en las que se educa a las personas de forma que no haya distinción entre las minorías ilustradas y las mayorías analfabetas, un hecho inadmisibile para los escritores de la revista:

Esto de que un obrero, un menestral que apenas sabe, o no sabe, leer, crea que entre él y un médico, un abogado, un ingeniero y un catedrático no existe diferencia, que todos son unos y lo mismo, camaradas y compañeros, rebasa los límites de la democracia bien comprendida [...] la igualdad y la nivelación redentoras y progresivas deben consistir en que los más, que están abajo, se eleven por medio de la ilustración y la cultura, no que los menos, [...] descendan arrastrados por la fuerza numérica de la ignorancia<sup>70</sup>.

Esta aceptación de la desigualdad intelectual viene de la peculiar visión que tienen los autores sobre el conocimiento de la verdad en la que, si bien el «... goce del investigador que llega a descubrir una verdad...» es un placer del que «... el resto de los mortales solo podemos oír hablar...», queda el consuelo de que «... la verdad religiosa, las verdades de fe, son patrimonio común del pueblo, y dan, a todo el pueblo el gozo de la segura posesión. Con la misma seguridad y certidumbre las posee el simple fiel que el más sabio teólogo»<sup>71</sup>.

En consecuencia, se ve a los obreros como personas susceptibles de ser manejadas por la élite socialista, construyendo un relato de vida que narra el proceso por el cual un trabajador llega a implicarse en el sindicalismo. Empieza este proceso por decisiones poco meditadas y maduradas, propias de gente poco ilustrada. De modo teatralizado describen esto con la confesión de un obrero imaginario:

¿Cómo me metí socialista? La verdad, no lo sé. Yo no estudié, ni mucho menos, lo que es socialismo. ¡Bah! Nunca fui aficionado a estudios. Mi amigo Juan Giralda, que era un pillastre, me dijo, un día que estaba muy alegre, que iba a apuntarse en La Casa del Pueblo. Yo le dije: ¿y qué es eso?

<sup>69</sup> «Besteiro se ríe de “eso” del reparto», *La Avalancha*, 964, 8 de junio de 1935, p. 164.

<sup>70</sup> «La educación socialista», *La Avalancha*, 927, 8 de noviembre de 1933, p. 331.

<sup>71</sup> R. Ruiz Amado, «Pan para todos», *op. cit.*, p. 73.

Y él me dijo: eso es... una sociedad de amigos para el mejoramiento de la clase obrera. Te apoyan en todas tus reclamaciones contra los burgueses, te educan como obrero, te procuran empleo, te libran del yugo de la plutocracia y del clericalismo. Yo no entendía esto, pero me sonaba bien todo lo que fuese romper yugos y hacer guerra a los curas...<sup>72</sup>.

La narración acaba con el arrepentimiento (en el lecho de muerte y abrazando la fe olvidada) del obrero por una vida de penurias causadas por años de lucha obrera. El trabajador es visto como un pobre al que han utilizado para obtener dinero y poder, engañándolo e infundiéndole el odio hacia los ricos y la religión:

Vosotros sois la carne de cañón de las revueltas y motines. En ocasiones, [...] los cabecillas, los impíos, los criminales, esconden su cabeza y os lanzan a vosotros a la calle, a la barricada, al incendio, al cañón. Ellos siempre salen ganando, sea que vosotros triunféis, sea que seáis acribillados. [...] Sacrilegios, asesinatos, incendios, robos, desenterramiento de cadáveres, degüello de inermes y débiles, y otras mil infamias de que cualquiera que tenga un poco de dignidad se avergonzaría. Eso han hecho obreros de Barcelona y de otras partes, antes y en otras ocasiones. O mejor dicho, ¡eso les han hecho hacer! Para eso os quieren embrutecer con esas lecturas rabiosas, con esos mítines violentos, con esas sociedades cleróforas<sup>73</sup>.

Los líderes socialistas son los «... modernos redentores...», para los que «... las masas obreras son eso, masas, carne de cañón»<sup>74</sup>. Y es esa idea de redención la que, en gran medida, escandaliza a los autores de la revista. Dicho de otra manera, el hecho de que el movimiento obrero prometa una salvación terrenal es, en términos que podrían usar en *La Avalancha*, una herejía.

El socialismo, «... partiendo del concepto materialista de la vida y prescindiendo de la intervención de Dios en las cosas humanas, elimina el único factor posible de consistencia social, que es Dios...», de modo que, dado su racionalismo, se basa «... en la negación de Dios y de su revelación, de su providencia, de su gracia, y como consecuencia de ello, de toda autoridad divina y humana. [...] Ni Dios en religión, ni rey en política, ni amo en el orden económico: esos son los tres soportes del socialismo en el orden doctrinal como en el práctico»<sup>75</sup>.

Por lo tanto, advierten del peligro de una doctrina que pasa por alto todo aquello ajeno a lo material y también el orden establecido: «... los pueblos que no tienen más dios que la materia, lo pierden todo, materia y espíritu; este, porque lo han repudiado; aquella, porque sin el espíritu las sociedades son hordas». Es, en última instancia, la negación de «... lo que el Evangelio contiene de espiritualidad, de sentido divino, de desapego a los bienes de la tierra, de suavidad, de autoridad y jerarquía, de santa ambición de pureza y de justicia, de caridad, de compasión del desvalido, de luz del cielo, de esperanza en Dios y en sus premios»<sup>76</sup>.

<sup>72</sup> R., S. J., «¿Y para eso somos socialistas?», *La Avalancha*, 911, 8 de marzo de 1933, p. 75.

<sup>73</sup> *Idem*, «La gran tontería de los obreros», *La Avalancha*, 878, 24 de octubre de 1931, p. 311.

<sup>74</sup> «Los modernos redentores del pueblo», *La Avalancha*, 854, 24 de octubre de 1930, p. 316.

<sup>75</sup> «Párrafos notables», *La Avalancha*, 841, 8 de abril de 1930, p. 98.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 99.

Resumiendo lo dicho hasta ahora, de la ignorancia del obrero se aprovecha una élite intelectual que vende la idea de una panacea a modo de justicia social. Y unido a esto viene la noción de la crisis de valores, anteriormente explicada, derivada del materialismo industrial y utilizada por el socialismo, en la que destaca un elemento que no hemos expuesto todavía: el de la irresponsabilidad del obrero. Teniendo en cuenta que «... existe una moral del esfuerzo innata a la humanidad en general...», que «... lleva sobre su frente el lema “Ganarás el pan con el sudor de tu rostro”...”<sup>77</sup>, en opinión de la revista, habría una incomprensión generalizada a la hora de entender el valor social del trabajo, de forma que el trabajador, en el caso concreto de las pequeñas tiendas, solo se preocuparía de su jornal: «El caso es que se cierre a buena hora, y que a tal edad me paguen tanto, y a tal otra, tanto más, y que el dueño se las arregle. Por añadidura, [...] siempre para arriba en los sueldos, y para abajo en las obligaciones»<sup>78</sup>.

En consecuencia, los obreros son, para *La Avalancha*, unos irresponsables al no entender la labor de los patronos y al arremeter, sin razón, contra la Iglesia, cuando se supone que esta es la verdadera defensora de los trabajadores: por una parte, de su alma: «... vosotros, como todos, sin religión os condenaréis; [...] Lo mismo que los burgueses, los obreros moriréis, seréis juzgados; si fuisteis buenos, os salvaréis para siempre, y si sois malos, os condenaréis para siempre...»<sup>79</sup>; por la otra, de sus condiciones de vida, mediante la caridad, la atención sanitaria, la educación confesional y la doctrina cristiana de predicación de la fraternidad.

El catolicismo social pretende, pues, ser un ejemplo para todos aquellos que han decidido engrosar las filas del sindicalismo y la lucha obrera, partiendo de la base impuesta por «... la carta de León XIII, que es un programa admirable de reclamaciones obreras»<sup>80</sup>. El ejemplo va en dos direcciones. La primera, hacia el propio trabajador, para el cual «el gran obrero Jesucristo» o San José son un modelo a seguir: «... si anhelas, cristiano, hallar el modelo digno de imitación, si quieres ver al hombre agobiado por el trabajo y al mismo tiempo de espíritu suave, tranquilo y espontáneo, penetra mentalmente en el taller del carpintero de Nazaret [...] no verás la molestia del que trabaja despechadamente, porque el santo carpintero acepta el humilde lugar en que le colocó la Providencia»<sup>81</sup>. En segundo lugar, la religión ofrece el ejemplo de la comunidad ideal:

Si sois verdaderos comunistas debierais venir conmigo. Sin pistolas, revoluciones, motines ni luchas de clases tendríais resuelto en la práctica vuestro ideal comunista. —¿Y dónde está esa república comunista? —preguntó uno de ellos. —¡En mi convento! [...] En el fondo de sus conciencias oscuras les mordía la lógica del fraile comunista; pero no tenían vocación de ayunos y penitencias [...] Eran comunistas; pero, a la postre, solo ansiaban se volviera la tortilla y ser burgueses millonarios, con auto y todo<sup>82</sup>.

<sup>77</sup> M. Ancil, «Los parásitos sociales», *La Avalancha*, 948, 8 de octubre de 1934, p. 292.

<sup>78</sup> T. Medina, «Sobre las «bases», *La Avalancha*, 909, 8 de febrero de 1933, p. 36.

<sup>79</sup> R., S. J., «A los obreros», *La Avalancha*, 866, 24 de abril de 1931, p. 123.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>81</sup> Torrás y Bages, «San José, modelo del trabajador», *La Avalancha*, 1030, 8 de marzo de 1938, p. 49.

<sup>82</sup> «Comunistas para volver la tortilla», *La Avalancha*, 985, 24 de abril de 1936, p. 124.

El del catolicismo social es un programa que pivota en dos ejes de acción: el campo de los valores y el de la desigualdad: «Esta justicia social que tanta falta hace en el mundo no puede administrarla la revolución, que es rencor, venganza y el prototipo de toda iniquidad, sino el cristianismo, que es amor, ecuanimidad y verdadera escuela de ciudadanía. [...] Pan y catecismo necesita la sociedad paganizada en que vivimos».

En lo que se refiere al *pan*, la mejora en las condiciones de vida vendría con la intervención en diferentes aspectos, o, al menos, la promoción de ciertos cambios, como la preferencia por el minifundismo, gracias al cual «... en general la clase campesina ha defendido porque la mayoría lleva sus tierras para explotarlas [y] la propiedad está muy repartida»<sup>83</sup>. Otro aspecto es el del ahorro como previsión, que «... no está, en modo alguno, ligada a la avaricia, la usura, el egoísmo o la codicia...» y donde «... no se aprecia el dinero solo por sí mismo y por el mísero deseo de atesorar...», por lo que se celebran «... las grandes facilidades que ofrecen las cajas locales de ahorro para el depósito de pequeñas cantidades»<sup>84</sup>.

Pero si algo llama la atención es la propuesta de la supresión del trabajo femenino para acabar con el paro:

La situación natural y de máxima eficacia social de la mujer está en su hogar [...] Allí, fuera de los talleres, de las fábricas, de las oficinas, de los tablados y de los parlamentos, hace más bien a la humanidad que en parte alguna. Reinando y gobernando en su hogar como un rey absoluto, cuida de su familia [...] toma para sí con sin igual desinterés las espinas de las flores, que sabe ofrecer fragantes, perfumadas y bellísimas, a las manos callosas del obrero, a los ojos cansados del anciano, a la nariz golosa de los pequeñines [...] ¿Qué vale el jornal, por subido que sea, que gane una mujer fuera de su casa, con el dinero que acrecienta dentro de ella desarrollando sus naturales cualidades?<sup>85</sup>.

Por ello, en lo que respecta al *catecismo*, la familia es fundamental para lograr un sistema de valores que ayuden a reestablecer el orden social, al entender que «... en los hogares sin Dios es imposible la felicidad y la paz, es imposible la subordinación voluntaria de unos a otros; no se quiere oír hablar de resignación y de sacrificio, y por eso en ellos reina la inquietud, la agitación, el orgullo y la insubordinación»<sup>86</sup>. Unido a esta idea se menciona la sindicación católica que pretende «... ordenar lo que está desordenado, ya que intenta restablecer en las naciones el orden social cristiano e infundir su espíritu en las conciencias de los individuos y en las instituciones sociales y sindicales de patronos y de obreros»<sup>87</sup>. A su vez, se hace una dura defensa de la enseñanza católica en contra de la laica o moderna, ya que «... la labor revolucionaria, empezó su revolución en las escuelas antes que en la vía pública, e hizo, efectivamente, mucha más revolución con el gorro puntiagudo de dómine que con las bombas y las pistolas»<sup>88</sup>.

<sup>83</sup> El Ribereño Navarro, «Aquí no hay problema de la tierra», *La Avalancha*, 985, 24 de abril de 1936, p. 123.

<sup>84</sup> M. Ancil, «La previsión social», *La Avalancha*, 857, 6 de diciembre de 1930, p. 358.

<sup>85</sup> R. Villanueva, «El paro forzoso y su remedio», *La Avalancha*, 899, 8 de septiembre de 1932, p. 266.

<sup>86</sup> «Fácil medio para ser feliz la familia», *La Avalancha*, 862, 24 de febrero de 1931, p. 61.

<sup>87</sup> «El por qué de la sindicación obrera católica», *La Avalancha*, 865, 8 de abril de 1931, p. 108.

<sup>88</sup> Fernando, «Cómo se influye en la sociedad», *La Avalancha*, 931, 8 de enero de 1934, p. 10.

Caridad y acción social son, de este modo, los fundamentos de la acción católica. De esta manera se pretende articular un movimiento católico en contra de «... la quietud [que] produce el anquilosamiento y la muerte [...] enfría los entusiasmos, [y] descorazona a los activos, y la gran fuerza católica de España se convierte en una fuerza estática, cuando, para que dé fruto, ha de ser una fuerza dinámica»<sup>89</sup>. Y todo ello con el fin de rechazar el progreso materialista y la vana aspiración social instalada en la sociedad y, sobre todo, en los sectores más desfavorecidos: «Tal vez un mundo verdaderamente cristiano hubiera tardado más en realizar ciertas invenciones que constituyen el vano orgullo de nuestra época. Pero, indudablemente, con más o menos progreso industrial hubieran realizado una suma inmensamente mayor de felicidad individual y social»<sup>90</sup>.

### Liberalismo y valores católicos

Hasta ahora hemos visto cómo la religión es la que vertebró el discurso predominante en *La Avalancha*. Lo es en su reacción en contra del socialismo y, en general, al oponerse al materialismo que impera en la sociedad desde la aparición del capitalismo y que es causante de desórdenes y desigualdades sociales. Sin embargo, la religión también es central en la visión de la revista sobre la territorialidad y en sus representaciones colectivas, ya que la bondad de todo proyecto político en este tema está condicionada por la unidad católica de España.

Pero, ¿cuáles son los valores en los que se basa el catolicismo social para criticar la sociedad de su tiempo? Y, unido a esto, ¿en qué sentido es el liberalismo el causante de la decadencia moral moderna y a qué aspectos de la vida social afecta?

Para responder a la primera pregunta hemos de detenernos en la base de toda la argumentación católica: la familia. A partir de esta se explica toda la organización social en función de su distribución interna del poder. Ella es la encargada de educar a las futuras generaciones, la protectora contra toda posible «perversión moral» y la que sirve de espejo a instancias de poder más elevadas como el Estado.

Ante todo, la familia es para los autores la unidad básica en la organización de las sociedades, «... es la célula social, base de las organizaciones humanas, que, pasando por el pueblo y la región, culmina en el Estado»<sup>91</sup>. Abarca todas esferas de la vida social: «Ella nos da el maestro que nos instruye, el profesor que ilumina la mente humana con su ciencia, el sacerdote que nos enseña las santas verdades de nuestro Credo, el artista [...] el gobernante que procura el bien moral y material de su pueblo...»<sup>92</sup>. No se entiende el orden social vigente sin la familia, que además debe ser la natural, es decir, cristiana, de modo que «... todos esos maestros, sacerdotes, artistas y gobernantes, no han salido ni han podido salir sino del hogar de una familia cristiana, virtuosa y sana...» y,

<sup>89</sup> Luis, «La primera asamblea de acción social», *La Avalancha*, 855, 8 de noviembre de 1930, p. 321.

<sup>90</sup> R. Ruiz Amado, «La religión y la vida moderna», *La Avalancha*, 985, 24 de abril de 1936, p. 122.

<sup>91</sup> M. Fernández, «Ante todo, la familia», *La Avalancha*, 958, 8 de marzo de 1935, p. 65.

<sup>92</sup> *Ibidem*.

en consecuencia, aquellas en las que «... ha hecho mella la irreligión; la inmoralidad cunde, y la anarquía se ha introducido en su seno»<sup>93</sup>.

En su concepción católica del bien y el mal, los autores de *La Avalancha* establecen un criterio claro de diferenciación: la naturaleza. Siendo esta una referencia directa a Dios como creación suya que es, se entiende que «... no puede el hombre atentar contra su naturaleza, por omisión o por comisión, sin que él mismo sufra el contragolpe de su temeridad o de su crimen»<sup>94</sup>. Y por naturaleza se entiende también el cómo debe y no debe ser el orden social, que sin religión es un orden «... lleno de malignidad. [...] un mundo que [...] es todo concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida»<sup>95</sup>. A su modo de ver, el orden social religioso es, pues, un orden natural y la naturaleza, como obra de Dios, es sinónimo de perfección: «Y es que la Naturaleza, [...] pone siempre en las generaciones algún elemento renovador de las degradaciones y degeneraciones de los vivientes. Cuando, consumidas y gastadas por su laboriosa existencia, decaen las plantas, en las nuevas siembras, en los nuevos cultivos renace la especie mejorada y vuelve a sus primeras perfecciones»<sup>96</sup>.

La condición natural de la sociedad se explica desde la idea, anteriormente citada, de la familia como fundamento social. Lo natural está presente en la sociedad a través, primero, de la fecundidad, «... principio de vida...» por el cual «... el seno de la familia es una prolongación y una dilatación del seno de la madre...» y, segundo, a través de la autoridad, «... que es el principio del orden, [...] el poder [...] de educar la vida que ha brotado de la fecundidad...» y que hace de la familia «... la matriz espiritual del hombre que empieza la vida...»<sup>97</sup>. Ambos principios, la fecundidad y la autoridad, son comunicados por Dios a la familia, de forma que la «... ley profunda de la perduración de la raza humana, [...] que arranca del pensamiento y de la palabra de Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”», permite a los hijos ser «... la prolongación del ser físico y moral del padre y de la madre...», constituyendo así «... el vínculo que a ellos le une, [que] es el primer eslabón de la solidaridad humana»<sup>98</sup>.

Así pues, la familia es de por sí un elemento nuclear en el ordenamiento social de acuerdo con su condición natural:

No todas las familias son buenas, sin duda. Pero todas ellas tienen cierta inclinación natural hacia lo bueno, cierta rectitud latente y tendencia irresistible a la honradez. [...] Siempre la familia es un ambiente de salud, un sanatorio moral, un regenerador de razas decaídas, un puerto de seguro retiro. En la familia es más fácil ser honrado, y las relaciones mismas de padre, de esposo, de hijo, de hermano, parece que llevan por su propio peso a lo recto [...] para sí mismo y para los *suyos*. Este sentimiento de tener alguno por quien debo mirar [...] es la más eficaz de las fuerzas para ir metiendo al hombre por el camino del bien<sup>99</sup>.

<sup>93</sup> *Ibidem*.

<sup>94</sup> «La familia y la educación cristiana», *La Avalancha*, 860, 24 de enero de 1931, p. 19.

<sup>95</sup> *Ibidem*.

<sup>96</sup> R. Vilariño, «La familia cristiana», *La Avalancha*, 878, 24 de octubre de 1931, p. 313.

<sup>97</sup> «La familia y la educación cristiana», *op. cit.*, p. 19.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>99</sup> R. Vilariño, «La familia cristiana», *op. cit.*, pp. 313-314.

Sin embargo, dentro de las familias hay un modelo natural, un modelo bueno, por así decirlo, que es el de la familia cristiana. Al modo de ver de la revista es el mejor modelo porque, para empezar, solo un matrimonio santificado es capaz de garantizar la pervivencia de la familia: «La Iglesia defiende a la familia con el vínculo de la indisolubilidad más absoluta [...] El divorcio, el matrimonio civil, todo cuanto relaje la familia y sus vínculos es mirado como una especie de sacrilegio pernicioso». Esto es importante teniendo en cuenta que para los autores «... no puede menos de lanzar el corazón un grito de angustia al ver en el mundo tantísima gente sin familia...»<sup>100</sup>.

Y también es la mejor porque es la que más se acerca al modelo originario reconocido por Dios: «En ella San José representa la actividad y el trabajo; la Santísima Virgen, la pureza, y el buen Jesús, la humildad. [...] Los padres encontrarán un modelo perfecto en José y María, de cómo ejercer su oficio y su autoridad. Los hijos, en Jesús, cómo obedecer y respetar a sus padres, reconociendo en ellos la autoridad de Dios»<sup>101</sup>. En el apartado sobre el socialismo nos hemos referido ya muy brevemente a este tipo de familia y a los roles que sus miembros desempeñan en ella.

La posición del padre en la familia es clara: es «... el jefe de aquella...» y ello significa que los hombres en la casa se dedican a mandar y «... al trabajo diario en sus múltiples formas, según las edades y las disposiciones, alegres y dichosos de cotizar para la madre, para la hija, para la esposa...»<sup>102</sup>.

El papel de la mujer es de administradora de la casa, es la encargada de que esta funcione, «... cuida de su familia, de su marido [...] de los hijos de sus entrañas [...] ordena la existencia de todos, regula la vida de viejos y de niños, les alienta en los trabajos [...] evita con su cariño los obstáculos que se oponen a la consecución de los honestos fines...»<sup>103</sup>. De la mujer se espera una actitud sumisa, reservada y, sobre todo, entregada: «La mujer cristiana se goza en el retraimiento, gusta de la soledad, se saborea con sus libros y labores y huye de ver y ser vista por las gentes. La mundana piensa tanto en sí misma, que no le queda corazón para pensar en el prójimo»<sup>104</sup>.

Mientras, los hijos solo deben obedecer a los padres, siguiendo el principio natural de autoridad al que aludíamos antes, de modo que «... resplandece en su plenitud la delegación de Dios que representan ellos en el hogar doméstico»<sup>105</sup>. Con todo ello, la familia se convierte en una extensión de lo que tendrían que ser las formas de gobierno ideales:

Me asombra, en efecto, que entre tanto como se escribe y se perora cada día y a cada paso, sobre materias de gobierno civil, sea tan poco lo que se discurra sobre materias de gobierno doméstico, que son más trascendentales que aquéllas. Pues sin duda no hará buenas familias el mero régimen político de una sociedad por sí solo; en cambio mejoraría y se volvería muy otro el régimen político, hoy por todas partes tan desquiciado, con solo que volviesen a su natural asiento y ordenada manera de ser las familias<sup>106</sup>.

<sup>100</sup> R. Vilariño, «La familia cristiana», *La Avalancha*, 881, 7 de septiembre de 1931, p. 361.

<sup>101</sup> «Fácil medio para ser feliz la familia», *La Avalancha*, 862, 24 de febrero de 1931, p. 61.

<sup>102</sup> R. Villanueva, «El paro forzoso y su remedio», *op. cit.*, p. 266.

<sup>103</sup> *Ibidem*.

<sup>104</sup> J. M. Solá, «La mujer cristiana», *La Avalancha*, 881, 7 de septiembre de 1931, p. 363.

<sup>105</sup> «El liberalismo en casa», *La Avalancha*, 842, 24 de abril de 1930, p. 118.

<sup>106</sup> *Ibidem*.

Así pues, la familia es el espejo donde se mira la sociedad al establecerse un paralelismo entre el cometido del Estado y el de los cónyuges: «La reverencia es el respeto y acatamiento que se debe al poder público; la obediencia es la sujeción a sus leyes; la asistencia, el concurso moral y material para ayudarle en sus necesidades. Así, en el hogar, reverencia es el amor y respeto a los mayores; obediencia, el cumplimiento de sus mandatos; asistencia, la cooperación al buen orden, necesidades y material sostenimiento de la casa»<sup>107</sup>.

Para los autores, la posible instalación de los valores liberales en la familia es un síntoma de preocupación, porque rompe con los esquemas de autoridad necesarios para el buen funcionamiento del orden social concebido por Dios: «De aquella infancia, que al salir de casa y al regresar de la escuela buscaba a sus padres para besarles la mano, como demostración de amor y de sumisión, a la infancia actual, no van cuarenta años, van siglos de distancia»<sup>108</sup>. Además, el liberalismo introduce nuevos criterios a la hora de valorar la unión matrimonial. Frente a la unión basada en las creencias de los cónyuges, el liberalismo fija el fundamento de esta «... en lo meramente accidental y secundario...»<sup>109</sup>, en lo material: «La inspiración que guíe para acertadamente elegir esposo o esposa no la han de dar el negocio ni la novela, sino la oración. Para casarse bien ha de pedirse a Dios y a los hombres de Dios el consejo, [...] no al mezquino interés, no a la volubilidad de las pasiones»<sup>110</sup>.

Así pues, el problema de fondo reside en los derechos que propugna el liberalismo, sobre todo en lo relativo a la libertad de culto, que empieza en la familia, distinguiendo entre «... los liberales radicales [...] el Catolicismo liberal...» y los «... integristas, o perfectos antiliberales, o simplemente buenos católicos...»<sup>111</sup>, y que se extiende a la enseñanza y la prensa, hasta llegar a las formas de Estado liberal. La denuncia contra el liberalismo llega a tal extremo que se recuerda que este es «... un error doctrinal condenado en reiterados documentos por los Sumos Pontífices Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, felizmente reinante»<sup>112</sup>.

La oposición al liberalismo se fundamenta en su discrepancia en la importancia de la razón con respecto a la fe. Desde *La Avalancha* se rechaza la modernidad cuyo progreso está ligada única y exclusivamente a la ilustración, ya que se entiende que «... la civilización, que es el progreso espiritual y vale más que el progreso material, es mayor en los pueblos católicos»<sup>113</sup>. En realidad, existe una subordinación de la razón a la fe: «*La fe humilla la razón.* –Mentira. ¿Acaso humilla el telescopio al ojo humano? ¿Acaso humilla al que está en el valle, el que está en el monte o en una torre, y le dice que ve lejos tierra, o enemigos o amigos? ¿Acaso humilla al ciego el que, teniendo vista, le advierte de un peligro o le guía por un camino?»<sup>114</sup>.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 119.

<sup>108</sup> Mirabal, «Es necesario trabajar de verdad», *La Avalancha*, 852, 24 de septiembre de 1930, p. 273.

<sup>109</sup> *Idem*, «La educación de la juventud», *La Avalancha*, 836, 24 de enero de 1930, p. 18.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>111</sup> F. S. y S., «El liberalismo en casa», *La Avalancha*, 838, 24 de febrero de 1930, p. 50.

<sup>112</sup> «El liberalismo sigue siendo un error condenado», *La Avalancha*, 980, 8 de febrero de 1936, pp. 44-45.

<sup>113</sup> R., S. J., «Un puñado de mentiras», *La Avalancha*, 887, 8 de marzo de 1932, p. 70.

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 71.



La razón está limitada por la condición del ser humano de creación de Dios, al no estar capacitado el primero para entender los designios del segundo: «Un amigo mío solía decir con mucha gracia que lo obscuro, entre todo lo que existe, es el sol, a quien no se puede mirar de hito en hito, precisamente por ser demasiado luminoso. Así es la obscuridad de los misterios. No es obscuridad suya; es cortedad de nuestra vista»<sup>115</sup>. La única forma de llegar a Dios es la fe, una verdad absoluta al ser irrefutable por parte de la razón, por lo que corresponde a la Iglesia ser «... intolerante con el error y con los que quieren inducir a otros al error»<sup>116</sup>.

En la construcción del discurso de *La Avalancha* contra el liberalismo recurren a la misma fórmula que cuando critican al socialismo: se apropian de los conceptos de las respectivas tradiciones ideológicas. Si frente al socialismo ponían como ejemplo de igualdad y justicia social al convento y a la familia de Jesús, en el caso del liberalismo se recurre al término de libertad cambiándole totalmente el significado originario liberal para adaptarlo al dogma religioso: «La Iglesia es la principal defensora de la libertad de enseñanza, pero de la libertad dentro de la verdad. Solo exige que se dé la enseñanza dentro de la verdad, y no para servir de salvoconducto a toda clase de errores...»<sup>117</sup>.

Siguiendo con esta idea, se entiende que igualdad, libertad y fraternidad son «tres palabras que parecen modernas, cuando no son sino muy antiguas; se las ha disfrazado de revolucionarias, cuando en el fondo son únicamente cristianas...»<sup>118</sup>. Partiendo de la concepción de la verdad religiosa como algo natural, la libertad católica se basa en interiorizar esa verdad, de forma que «... hago siempre lo que quiero, porque nunca quiero más que lo que debo; y cumplo siempre mi soberana voluntad, porque cuido siempre que mi soberana voluntad no se aparte nunca punto ni coma de la voluntad de Dios»<sup>119</sup>, aunque eso signifique negarse a una autoridad terrenal que «... me manda cosa que se oponga a lo que manda Dios...»<sup>120</sup>.

En cuanto a la igualdad, basta con recordar «la máxima cristiana de que todos sumos iguales ante Dios»<sup>121</sup>. Profundizando en la idea de libertad, la distinción entre las personas depende de la responsabilidad de cada cual, ya que «En el Juicio de Dios no habrá otra distinción que la de buenos y malos, y allí tiene aplicación aquello, hoy tan flamante y democrático, de que cada uno es hijo de sus obras»<sup>122</sup>. Asimismo, se quita peso a la desigualdad terrenal mediante el consuelo, a las clases más desfavorecidas, de que, «... al ver que Cristo nace pobre en un portal, y trabaja pobre como yo en un taller, y muere pobre, más que yo, en una cruz, se me figura que allá, en el fondo de su corazón bondadosísimo, debe de guardar todavía, en favor de los pobres y de la pobreza, muy especiales simpatías»<sup>123</sup>.

<sup>115</sup> F. S., «La razón y el misterio», *La Avalancha*, 892, 24 de mayo de 1932, p. 147.

<sup>116</sup> R., S. J., «Un puñado de mentiras», *op. cit.*

<sup>117</sup> F. S. y S., «Las tres mentiras de la enseñanza laica», *La Avalancha*, 890, 25 de abril de 1932, p. 113.

<sup>118</sup> *Idem*, «Libertad, igualdad, fraternidad», *La Avalancha*, 870, 24 de junio de 1931, p. 178.

<sup>119</sup> *Ibidem*.

<sup>120</sup> *Ibidem*.

<sup>121</sup> *Ibidem*.

<sup>122</sup> *Ibidem*.

<sup>123</sup> *Ibidem*.

Trasladando esta idea de libertad al ámbito público, puesto que entienden que «... para ellos, los liberales, no hay verdad ni mentira; no hay más que opinión...»<sup>124</sup>, se ve con buenos ojos «que se les castigue rigurosamente [...] para evitar a tiempo los innumerables males que trae consigo la herejía a toda la comunidad [...] [que] se les amenace con extremados rigores y aun se venga a las manos, por el bien y provecho de los mismos herejes...»<sup>125</sup>. Así pues, no sorprende su laxitud respecto a la Inquisición al pensar que esta no «... daba tormentos horribles...» sino que simplemente «... procuraba averiguar las cosas, como todos los tribunales de cada tiempo...» y que incluso «... fue mucho más suave que ningún tribunal contemporáneo»<sup>126</sup>. Por lo tanto, la revista se opone frontalmente al laicismo en cualquiera de sus posibles facetas: «... negamos que el origen del poder tenga su fuente en la soberanía popular; proclamamos la sumisión del Estado a la Iglesia en el orden espiritual; defendemos la confesionalidad del Estado, y negamos la libertad del pensamiento y la independencia de la conciencia, por creer que el pensamiento está sujeto al dogma...»<sup>127</sup>.

Según este razonamiento, la libertad de culto de otras religiones es incompatible con la de los católicos, ya que toda discrepancia entra en contradicción con la vocación natural del catolicismo de ordenador social y, en consecuencia, con su derecho a negar la soberanía popular. De esta manera, se identifica el laicismo con la defensa de otras religiones:

Estos que se dicen laicos y ateos son, exclusivamente, anticatólicos. Para un laico, para un ateo no existe, en buena lógica, ninguna religión. Toda confesión ha de parecerles lo mismo. Pero ellos apoyan cualquiera, sea la que fuere, el mahometismo o el protestantismo, con tal de combatir a la iglesia Católica, objeto de sus odios. No hay tal ateísmo ni tal laicismo: no hay más que anticatolicismo, no hay más que odio a la Iglesia...<sup>128</sup>.

Por consiguiente, el laicismo, cuando por parte del Estado se procede a la incautación de los bienes de la Iglesia, se toma por una agresión, un «... reto brutal, lanzado contra el pueblo católico...»<sup>129</sup>, discriminado este en favor de otras religiones. En tono sarcástico se habla de esta cuestión: «¡Viva la libertad de poseer! La de los judíos, en primer lugar. ¡Para eso vienen a España! Nota. –Menos la libertad de poseer de los religiosos, aunque sean los bienes heredados de sus padres»<sup>130</sup>. A su vez, se hace, en el mismo tono, una equiparación en el terreno político con ideologías que sí basan la legalidad en la soberanía popular: «¡Viva la libertad de asociación! La de los masones, comunistas, anarquistas, todas. Nota. –Todas, menos la libertad de asociarse para rezar, confesar, asistir leprosos, enseñar a niños pobres, preservar muchachas»<sup>131</sup>.

El laicismo preocupa sobremanera en dos ámbitos concretos. El primero es el de la enseñanza, respecto a la cual los autores defienden la premisa de que

<sup>124</sup> J. M. Solá, «¿Tolerancia o intolerancia?», *La Avaluancha*, 854, 24 de octubre de 1930, p. 307.

<sup>125</sup> *Ibid.*, p. 308.

<sup>126</sup> R., S. J., «Un puñado de mentiras», *op. cit.*, p. 70.

<sup>127</sup> Mirabal, «El valor de las palabras», *La Avaluancha*, 839, 8 de marzo de 1930, pp. 65-66.

<sup>128</sup> *Idem*, «La propaganda protestante», *La Avaluancha*, 861, 9 de febrero de 1931, p. 34.

<sup>129</sup> «Camino a la barbarie», *La Avaluancha*, 872, 24 de julio de 1931, p. 220.

<sup>130</sup> «¡Viva la libertad!... ¡Viva!...», *La Avaluancha*, 895, 6 de julio de 1932, p. 204.

<sup>131</sup> *Ibidem*.

«Prescindir de ella [de la religión] es atacarla en sus más soberanos derechos, que son los de su autoridad, porque la Religión, o es nada o es una autoridad, porque la Religión tiene el derecho absoluto y primario de que nada ni nadie puedan prescindir de reconocerla y acatarla y obedecerla»<sup>132</sup>. Por ello, la escuela laica significa, en su neutralidad, un modelo de enseñanza donde no se prepara al niño para la vida:

... educa perversamente porque, no enseñándole que hay Dios que le ha criado, que hay Dios que le ha redimido, que hay Dios que le ha puesto una ley, que hay Dios que le sigue de cerca los pasos, que hay Dios que un día le ha de juzgar y que hay Dios que, tras el Juicio, le ha de premiar o castigar eternamente; no enseñándole, digo, todo esto, construye al aire todo el edificio de los deberes del hombre, del hijo, del esposo y del ciudadano...<sup>133</sup>.

El segundo ámbito en el que se hace patente la inquietud por el avance social del laicismo es la prensa. Como ocurre con la enseñanza, hay buena y mala prensa. De aquellas publicaciones que se pueden incluir en la acepción de que «el veneno mata» los autores no dudan en hacer listas de nombres: «... son rabiosamente antirreligiosos el *Heraldo de Madrid*, *El Socialista*, *La Tierra* y *La Calle*. Claramente sectarios: *El Liberal*, *La Voz de Guipúzcoa* y *La Prensa*. Inmorales: *Estampa* y *La Crónica*. Hipócritamente sectarios, y en cierto modo, los peores: *El Sol*, *Crisol*, *La Voz de Madrid* y *La Noticia*»<sup>134</sup>.

Estos últimos son los que más molestan a los autores ya que entienden que «Un periódico estridente no hace el daño que un periódico vestido de suave intelectual...»<sup>135</sup>, de forma que hasta se agradece el tono utilizado por otros periódicos «... al atacar a los sacerdotes que combaten contra la prensa liberal, porque en esas declaraciones hay una confesión preciosa. Preciosa, porque son ellos mismos los que arrancan y destrozan el velo del pretendido confusionismo, los que rasgan las vestiduras del antinómico “catolicismo-liberal”...»<sup>136</sup>. Pero la mala prensa no es únicamente aquella que muestra una línea de opinión más o menos abierta contra el catolicismo, sino también aquella que contiene ilustraciones moralmente reprobables en términos católicos, como *Blanco y Negro*, que «... no creemos que busque la pornografía, pero la acepta; y como hoy el desnudo y lo indecente abunda en todas partes [...] ilustra sus páginas con fotografías artísticas de todas las porquerías de actualidad»<sup>137</sup>.

A los que se dicen a sí mismos «católicos» y compran este tipo de prensa se les tilda de «inconsecuentes»<sup>138</sup>, porque, «... después de todo, ¡hay ley! Nosotros somos súbditos católicos; hay que cumplir la ley», y al igual que «... no se puede leer libros prohibidos [...] es de considerar que la prohibición se extiende también a los periódicos». Por lo tanto, una vez que se ha asumido

<sup>132</sup> I. Goma y Tomás, «La familia y la educación cristiana», *La Avalancha*, 866, 24 de abril de 1931, p. 114.

<sup>133</sup> *Ibidem*.

<sup>134</sup> «Mala prensa», *La Avalancha*, 880, 24 de noviembre de 1931, p. 348.

<sup>135</sup> Mirabal, «La revolución y la prensa», *La Avalancha*, 859, 8 de enero de 1931, p. 1.

<sup>136</sup> Luis, «Navarra firme y adelante», *La Avalancha*, 870, 24 de junio de 1931, p. 177.

<sup>137</sup> «Blanco y Negro», *La Avalancha*, 853, 8 de octubre de 1930, p. 300.

<sup>138</sup> P. Campos, «¡Inconsecuentes!», *La Avalancha*, 912, 24 de marzo de 1933, p. 87.

el «daño» causado por la prensa, que «... desde su trono de papel dirige la opinión alguna vez, y más de mil veces, miserablemente la extravía», se llega a la conclusión de que, pese a que los fines iniciales de la prensa eran otros, puede ser usada por la propia comunidad católica:

Apoderémonos de esta arma poderosa, de este ariete formidable; volvámoslo de cara al enemigo; maneámoslo con intrepidez y constancia; veamos de apagar sus fuegos con nuestros fuegos, y de atajar su inundación con nuestra inundación, y es asunto concluido. Hagámoslo, y tendremos en la prensa el gran apóstol del siglo XX. [...] no perdamos ocasión de recomendar un buen libro, de hacer circular un sano periódico, de recoger una hoja inmunda, de mandar reimprimir, a costa nuestra, un artículo importante, etc., etc.<sup>139</sup>.

La influencia del liberalismo en la familia y el Estado tiene sus consecuencias en la vida cotidiana de las personas. Empieza por cambiar el modelo familiar tradicional con el divorcio y el matrimonio civil y con la salida de la mujer al mercado laboral quedándose desatendidas las funciones de la familia de reproducción social, alimentación, educación y seguridad:

Primero: baja la natalidad; segundo: la mujer teme tener familia; tercero: la vida familiar se destruye, sobre todo si el marido trabaja de noche y la mujer de día; cuarto: la mortalidad infantil aumenta; quinto: no se come en casa y se gasta mucho en el restaurante o el bar; sexto: los hijos quedan abandonados o en manos mercenarias y mal formados física, intelectual y moralmente; séptimo; se duplican los obreros y, por consiguiente, los parados<sup>140</sup>.

Así, la relación entre hombres y mujeres se ve trastocada «Y esto se observa al ver a muchos, que no debiéramos llamar hombres, “evolucionar” hacia el afeminamiento, y algunas mujeres que quieren ser “interesantes” masculinizándose»<sup>141</sup>. Con ello se refieren a la igualdad de derechos entre los dos sexos, de la que las mujeres «... saldrán perdiendo, porque, de ser iguales, iguales en todo. Porque se equivocan si creen que van a conquistar los derechos del hombre y al mismo tiempo gozar de los privilegios de la mujer»<sup>142</sup>.

Son privilegios que las mujeres parecen tener en su cometido, según se ve en el discurso de los autores cuando denuncian, atribuyendo a cada sexo su papel, «... que las mujeres luchen varonilmente mientras que los varones descansan femeninamente»<sup>143</sup>. A las mujeres «masculinizadas» y a los hombres «feminizados» se les tacha de «Marimachos y Juan Lanas»<sup>144</sup>, respectivamente, distinción para la cual no se duda en recurrir al tópico de que las mujeres no valen para conducir: «Un automóvil, conducido por una señorita, dio un topetazo a otro dirigido por un caballero. Cuando el guardia preguntó al

<sup>139</sup> S. Y S., «De la propaganda por medio de la prensa», *La Avalancha*, 909, 8 de febrero de 1933, p. 33.

<sup>140</sup> «El trabajo femenino», *La Avalancha*, 957, 24 de febrero de 1935, p. 54.

<sup>141</sup> X., «Ellas y ellos», *La Avalancha*, 878, 24 de octubre de 1931, p. 310.

<sup>142</sup> «Marimachismo», *La Avalancha*, 849, 8 de agosto de 1930, p. 236.

<sup>143</sup> «Lo que no se debe hacer», *La Avalancha*, 880, 24 de noviembre de 1931, p. 348.

<sup>144</sup> «Marimachismo», *op. cit.*, p. 236.

caballero qué pedía, el caballero miró a *la chófer* y dijo: “Que se vaya a remendar los calcetines de su marido”<sup>145</sup>.

Pero esa pretensión igualizadora, advierten los autores, no se limita a los derechos sino que también afecta a la forma de ser y a la apariencia, ya que «Todos los signos son de materialismo»<sup>146</sup>. La chica moderna con el pelo corto parece «... un chico demasiado guapo...»<sup>147</sup> y adolece de ser promiscua y superficial:

... ¡claro! es que mamá pertenece a otros tiempos, a unos tiempos en que casi todas las chicas eran gordas y tenían a gala lucir un «hermoso pelo» y se ruborizaban por todo y se pasaban la vida en casita, bordando, haciendo encaje de bolillos, cuidando el canario y tocando el piano; y, en fin, se casaban, si no todas, muchas con el primer novio: el primero y el último. ¡Pobrecitas! Hay que ver si yo me hubiese casado con mi primer novio<sup>148</sup>.

En cambio, los chicos «... tan afeitados, tan entallados, tan ondulados, parecen [...] chicas demasiado feas...»<sup>149</sup>. Se trata de una «juventud indiferente o corrompida, que no acierta a comprender cómo puede hallarse alegría en la abstención de los goces del mundo y de la carne»<sup>150</sup>.

Esa corrupción se identifica con un «mal moderno» que a veces puede ser externo, como ocurre con el fútbol: «El público de los toros, comparado con el público futbolístico, es, [...] un colegio de niños bien educados. [...] Y si le da por arrojar al ruedo y acometer a los futbolistas, ¡la europeización!, hay que llamar a la Guardia civil para que despeje la situación y salve a los jugadores. Pero por ahí va la civilización y el progreso y la cultura modernos»<sup>151</sup>. Ese mal, además, se relaciona con todo lo que suena a ilustrado, ya se trate del teatro; de determinadas profesiones, como lo indica el «... exceso de médicos y de abogados y de arquitectos...»<sup>152</sup> o de Darwin, cuya teoría «... está refutada y triturada por tratadistas católicos y protestantes...»<sup>153</sup> y que, además, puede «... sembrar en su corazón [en el del pueblo] el germen de la anarquía y prepararlos para la revolución contra Dios...»<sup>154</sup>.

Esta «perversión moral» venida de fuera se hace extensible a la moda y a otras costumbres. Para los autores, «Ocho horribles cánceres lo van consumiendo [el mundo] rápidamente. Son: los bailes, el desnudo, los espectáculos inmorales, el alcoholismo, la moda desvergonzada, las conversaciones lascivas, la blasfemia y la pornografía»<sup>155</sup>. Con «pornografía» se refieren a la «... indecorosa exhibición de muslos, pantorrillas y otras desnudeces...»<sup>156</sup> que obligan «... a la mujer a prescindir del pudor, rindiéndose a la moda»<sup>157</sup>. Ejemplo de

<sup>145</sup> «Marimachismo», *op. cit.*, p. 236.

<sup>146</sup> X., «Ellas y ellos», *op. cit.*, p. 311.

<sup>147</sup> C. V., «Chica “modernista”», *La Avalancha*, 975, 24 de noviembre de 1935, p. 343.

<sup>148</sup> *Ibidem*.

<sup>149</sup> *Ibidem*.

<sup>150</sup> D. P., «Los goces íntimos», *La Avalancha*, 866, 24 de abril de 1931, p. 123.

<sup>151</sup> «Cómo nos europeizamos», *La Avalancha*, 847, 5 de julio de 1930, p. 203.

<sup>152</sup> «En Francia sobran médicos», *La Avalancha*, 846, 24 de junio de 1930, p. 181.

<sup>153</sup> Mirabal, «Para que juzguen los discretos», *La Avalancha*, 854, 24 de octubre de 1930, p. 305.

<sup>154</sup> *Ibid.*, p. 306.

<sup>155</sup> «¡El mundo está enfermo!», *La Avalancha*, 898, 24 de agosto de 1932, p. 252.

<sup>156</sup> «Nuevo Mundo», *La Avalancha*, 874, 24 de agosto de 1931, p. 251.

<sup>157</sup> Mirabal, «El desnudo, los sellos de Correos y la hipocresía», *La Avalancha*, 849, 8 de octubre de 1930, p. 225.

ello son las ilustraciones de los periódicos o «el baile “agarrao” [...] que parece un engendro del paganismo»<sup>158</sup> y al que se relaciona muchas veces, además, con el aumento de la tuberculosis.

Si en algún sitio tienen cabida todas estas «inmoralidades» es el cine, donde, a parte de la «... exhibición constante de bellezas carnales, provocativas, incitantes y hasta desvergonzadas. La burla de la autoridad, la venganza, el fraude, la industria del robo y del crimen, el triunfo de la malicia y del deshonor, es otro de los recursos del cine»<sup>159</sup>. La crítica a los valores difundidos por este da pie a los autores para denunciar las consecuencias negativas que está generando en la sociedad: «Las estadísticas de los crímenes cometidos por niños y jóvenes, a causa del cine, son aterradoras. Y esto, en lo que se palpa y en lo que se juzga en los tribunales. De la pérdida del pudor, de la honradez y de la vergüenza, de eso no hay estadística hecha ni han de hacerla»<sup>160</sup>.

En conclusión, el catolicismo social se opone al liberalismo por el cuestionamiento que hace este último de los valores católicos basados en la verdad religiosa. Para los católicos, el laicismo liberal es una fe de la razón fomentada con el único fin de vulnerar la fe católica. En palabras de los propios autores de *La Avalancha*, «... la tolerancia liberal es: en filosofía un absurdo; en religión una herejía; en política un suicidio»<sup>161</sup>.

### **Poder constituido y orden público: la Guerra Civil**

El laicismo ha supuesto, para todos los autores que escriben en *La Avalancha*, la ruptura y redefinición del sujeto político representado en las instituciones públicas. Para la visión católica del mundo el Pueblo Católico, auténtico y único *demos*, es la mayor víctima de la democracia, entendida como falsa al no representar la máxima histórica de existencia de una tradición basada en la religión católica. Tradición en la que el pueblo, y más concretamente el pueblo español, ha demostrado su apego a la fe católica, una idea que los autores construyen a través de un relato histórico totalmente sesgado e interesado.

De esta suerte, dos conceptos, el de patria y el de civilización, se funden en la defensa de la unidad católica. En este apartado analizaremos cómo esta fusión afecta a las relaciones entre el movimiento católico y el poder constituido y a la llamada de la unidad de las derechas frente a las izquierdas que son, en última instancia, las responsables de la deslegitimación del poder constituido al promover el desorden social.

Mediante el concepto de Patria se establece un sujeto que tiene su razón de ser en la tradición, en la conservación de lo que un día fue y sigue siendo. Es «... la conciencia y el sentimiento de la comunidad moral e histórica...», la «... solidaridad actual de los que son y los que fueron, que establece la comunidad de esperanzas con los que vendrán...»<sup>162</sup>. La conciencia de la Patria española y de la Raza hispana sirve, primero, como constatación de la existencia

<sup>158</sup> «El baile “agarrao”», *La Avalancha*, 871, 6 de julio de 1931, p. 204.

<sup>159</sup> X., «El cine», *La Avalancha*, 963, 24 de mayo de 1935, p. 145.

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 146.

<sup>161</sup> J. M. Solá, «¿Tolerancia o intolerancia?», *op. cit.*, p. 308.

<sup>162</sup> M. Ancil, «La Patria», *La Avalancha*, 1051, 8 de febrero de 1939, p. 26.

de una continuidad histórica de lucha por parte de una comunidad en favor «... de su independencia y de su fe cristiana, por las cuales se han sacrificado, en el período de catorce siglos, millones de españoles...»<sup>163</sup>, y segundo, como confirmación de la necesidad de recuperar lo perdido, «de que España ha de volver a gozar de aquella grandeza lograda por sus instituciones políticas en los llamados siglos de oro...»<sup>164</sup>.

Esta concepción del pasado como afirmación del presente está muy ligada a otra idea que tendrá gran importancia en la Guerra Civil, la de la Civilización y, más concretamente, la de la Civilización Cristiana:

¿Qué es la civilización? Es el esfuerzo de la ciencia, en lucha constante con el salvajismo a lo largo de los siglos. Es la suma de conocimientos elaborados por el saber en edades sucesivas y transmitidos, como sagrado depósito, de generación en generación. Es el acervo de riquezas que una generación lega a otra para ponerla a cubierto de la imprevisión, la desgracia y la miseria. Es la suma de intereses que logró acumular el esfuerzo humano y ponerlos a cubierto de la ley, para que le garantizara su derecho y su seguridad. [...] La civilización, o es católica o carece de sentido. La religión católica no es una religión más, sino la única verdadera<sup>165</sup>.

Como se puede observar, existe una mezcla entre cierta noción de progreso y cambio (por aquello de la importancia de la ciencia y de la acumulación de conocimientos) y la sacralización de la verdad religiosa, ya que «El progreso integral debe ser moral y material»<sup>166</sup>. Es en este sentido religioso de la civilización en el que se defiende la contribución de la Patria al mundo: «Ninguna nación puede disputar a España la superioridad de sus méritos en orden a la defensa y mejora de la civilización. [...] Bastaría describir, [...] la Reconquista española. [...] Y si hiciese falta, [...] podría recordarse la historia del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo, [...] que es el mayor servicio prestado a la causa del progreso universal»<sup>167</sup>.

Todo esto configura la idea de un sujeto social llamado Pueblo Católico, ligado a la realidad española, al cual se le suponen una serie de derechos por encima de los de las «sectas», al ser «... católicos la inmensa mayoría de los españoles...»<sup>168</sup>, y que, por lo tanto, es opuesto al laicismo (como explicábamos en el anterior apartado). Ello plantea un serio problema a los defensores de esta tesis, ya que no queda clara la relación entre el Pueblo Católico y los poderes públicos cuando estos «vulneran» los derechos del primero: «La Iglesia, ajena siempre a la política, nos aconseja respeto al poder constituido; pero también nos advierte el sagrado deber de defender nuestra fe, sus derechos concordados, la vida religiosa de la nación. ¿Cómo cumpliremos mejor nuestra misión de católicos y de ciudadanos?»<sup>169</sup>.

<sup>163</sup> M. Ancil, «Raza hispana», *La Avalancha*, 996, 8 de octubre de 1936, p. 289.

<sup>164</sup> Mirabal, «La restauración de la España católica», *La Avalancha*, 863, 9 de marzo de 1931, p. 65.

<sup>165</sup> Fr. Sebastián de Ubrique, «El sentido de nuestra civilización», *La Avalancha*, 1042, 8 de septiembre de 1938, p. 193.

<sup>166</sup> M. Ancil, «La civilización», *La Avalancha*, 1050, 24 de enero de 1939, p. 19.

<sup>167</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «La españolización de España», *La Avalancha*, 922, 24 de agosto de 1933, p. 227.

<sup>168</sup> *Idem*, «Tiempos laicos y no laicos», *La Avalancha*, 886, 24 de febrero de 1932, p. 53.

<sup>169</sup> «Ante la actual situación», *La Avalancha*, 867, 8 de marzo de 1931, p. 140.

La época de la II República es, sin duda, la más dura para los autores de *La Avalancha* por esta razón, y, posiblemente, el lenguaje en el que expresan su acción política refleja esta aparente «incomodidad» con respecto a las instituciones, consideradas por los autores como «liberales» de origen. En concreto, se trata de un lenguaje militar, fruto de una necesidad aparentemente imperante de reaccionar, con la mayor firmeza, contra todo avance liberal y socialista, entendiendo que «... en nuestro siglo, o se es católico de combate, o no se puede ser católico verdadero en manera alguna...»<sup>170</sup>. Las referencias militares no se limitan al «militante católico», sino que se extienden a toda la organización del movimiento católico:

Lo que hace falta es preparar, organizar y ver cómo se halla el ejército con uniforme de diario. No importan los penachos; lo que importa es el estado de las armas; porque de sesiones solemnes con ministros y personajes de relumbrón en la presidencia, ya se ve lo que en medio siglo de tales grandes manifestaciones se ha sacado. De ahí que las asambleas no sean desfiles con charanga y condecoraciones, sino ejercicios de tropas que van a combatir y han de adiestrarse en la esgrima del combate, enfervorizadas en el ideal cuya defensa toman, ya que, sin fervor por el ideal, el ejército mejor equipado fracasa<sup>171</sup>.

Esta exhortación viene de la percepción de que los llamados «enemigos de la fe», aunque minoritarios, dan muestra de una mayor capacidad de acción e influencia: «Échense a la calle a incendiar y a matar, es verdad; pero con riesgo también de que les chamusquen o agujereen el propio pellejo [...] La vida de acción del sectario es mucho más aporreada que la vida de acción del católico, [...] y sin embargo, encuentra a su servicio más hombres de acción la infernal secta que no la misma Iglesia de Dios»<sup>172</sup>. Es tal el temor que se pretende imitar a los contrarios, ya que «... si desplegáramos en defensa de Dios y de su Iglesia todo el celo, llamémoslo así, que en mal hora despliegan ellos para combatir a El y a ella, no andarían tan por los suelos como al parecer andan hoy nuestras cosas...»<sup>173</sup>.

Aunque en esta aspiración de ser como el enemigo rechazan el uso que este hace de la violencia, durante la Guerra Civil no tendrán ningún problema en apoyar el golpe de Estado al apelar al derecho de levantamiento, como veremos más adelante. Sin embargo, durante la República se defiende que «... Es un deber de los católicos actuar en política, y han de actuar en todo momento dentro de agrupaciones y partidos cuyos programas no contengan ningún error doctrinal...»<sup>174</sup>, mediante «... una lucha legal y pacífica...»<sup>175</sup>.

Es la creciente fuerza social e institucional de las izquierdas la que, al modo de ver de la revista, obliga a los católicos a tomar parte en la pugna política, a diferencia de épocas anteriores: «Hoy la lucha es doble. Además de la individual que trae cada uno consigo mismo y con sus propias pasiones y

<sup>170</sup> F. S. y S., «Del enemigo... el ejemplo», *La Avalancha*, 925, 9 de octubre de 1933, p. 290.

<sup>171</sup> Mirabal, «Es necesario trabajar de verdad», *op. cit.*, p. 274.

<sup>172</sup> F. S. y S., «Del enemigo... el ejemplo», *La Avalancha*, 928, 24 de noviembre de 1933, p. 341.

<sup>173</sup> *Idem*, «Del enemigo... el ejemplo», *La Avalancha*, 925, *op. cit.*, p. 289.

<sup>174</sup> Mirabal, «Sin sutilezas ni confucionismo», *La Avalancha*, 840, 24 de marzo de 1930, p. 81.

<sup>175</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Todos a votar», *La Avalancha*, 927, 8 de noviembre de 1933, p. 325.



con las ocasiones de pecar que hubo siempre, hay la social, la que se libra en las calles y plazas...»<sup>176</sup>. Por ello, se proclama necesaria la articulación de un frente de «derechas», la «Unión de todos los antiliberales...», dejando fuera, por ejemplo, el «... derechismo lerrouxista, que es derechismo o conservadurismo con respecto a los demás partidos republicanos y socialistas...»<sup>177</sup>. Algo que se pretende «... por medio de la unión que salve las ideas políticas de cada uno»<sup>178</sup> en torno a «... los principios fundamentales de la sociedad: Dios, Patria, Familia, Propiedad y Orden»<sup>179</sup>, como fuera en «... el milagroso resurgimiento y la prodigiosa ascensión de las derechas unidas en la jornada del 19 de noviembre de 1933»<sup>180</sup>.

Se trata, por lo tanto, de llevar a las instituciones las reivindicaciones de «... esas agrupaciones tradicionalistas, integristas, que no son hoy arbustos gigantescos por el desmoche cruel que hicieron en su tronco las podas del llamado liberalismo católico, o catolicismo liberal, que en vano pretendió hacer injertos de ramas sanas y vigorosas en el tronco seco de la Restauración, carcomido por la polilla del liberalismo»<sup>181</sup>. Y es que en *La Avalancha* no hay una defensa explícita del régimen monárquico y aunque se reconoce que «La Monarquía es consubstancial con España; porque España nace, como nación, de la Monarquía...»<sup>182</sup> también se denuncia «... la Monarquía constitucional ligada a los desastres y decadencia que comienza con las primeras corles liberales reunidas en Cádiz»<sup>183</sup>.

De hecho, se llega a echar las culpas del avance liberal a la Monarquía liberal: «... también coincidimos con él en achacar las culpas a la Monarquía; más justamente, al régimen de la monarquía liberal, constitucional y parlamentario. [...] Pidalinos, canovistas y mauristas de ayer, ¿qué piensan hoy? Buscando el mal menor, se ha dado de narices con el mal mayor. Hoy está la Constitución de 1931, atea, anticlerical, socializante»<sup>184</sup>. Incluso, se insinúa cierta indiferencia entre un régimen de tipo monárquico o de tipo republicano, mientras se trate de un régimen confesional: «... la elección es axiomática: entre la Monarquía de tipo liberal y la República católica... la República. No es el vaso, es la esencia lo que importa; no es el continente, es el contenido»<sup>185</sup>.

Lo cierto es que *La Avalancha* es bastante coherente en lo que respecta a esta cuestión, porque en su análisis de las dictaduras aplica este mismo criterio y no juzga el tipo de régimen (que también, pero en mucha menor medida) sino su política y su nivel de religiosidad. La dictadura, eso sí, se ve como algo transitorio, pero también necesario en determinados momentos: «Triunfante en 1923 la Dictadura, como régimen pasajero encargado de evitar la ruina de España, realizó, entre otros, los prodigios de restablecer el orden social en-

<sup>176</sup> F. S. y S., «Del enemigo... el ejemplo», *La Avalancha*, 929, 7 de diciembre de 1933, p. 361.

<sup>177</sup> M., «Unión de derechas», *La Avalancha*, 880, 24 de noviembre de 1931, p. 340.

<sup>178</sup> «La unión de las derechas», *La Avalancha*, 918, 24 de junio de 1933, p. 188.

<sup>179</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Todos a votar», *op. cit.*, p. 325.

<sup>180</sup> *Idem*, «La revolución social y su remedio», *La Avalancha*, 950, 8 de noviembre de 1934, p. 325.

<sup>181</sup> L., «El integristismo, el catolicismo liberal y el Ministro de Justicia», *La Avalancha*, 878, 24 de octubre de 1931, p. 314.

<sup>182</sup> Mirabal, «Una campaña de orientación social», *La Avalancha*, 842, 24 de abril de 1930, p. 114.

<sup>183</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>184</sup> L., «Las culpas de la Monarquía», *La Avalancha*, 880, 24 de noviembre de 1931, p. 338.

<sup>185</sup> Mirabal, «Hacia la derecha», *La Avalancha*, 876, 24 de septiembre de 1931, p. 278.

tonces perturbadísimo, y traer la paz de Marruecos...»<sup>186</sup>. De hecho, se tiene en gran estima a Primo de Rivera, «... buen español que libró a nuestra patria de la anarquía con el golpe de Estado...» y al que «Nadie puede regatearle su patriotismo y desinterés»<sup>187</sup>.

La revista se identifica más con el régimen dictatorial cuando se contraponen al marxismo, como en el caso del fascismo, con el que existen coincidencias tanto en el hecho de ser «... respetuoso con la ley, y al parecer, con todos; lo que no hicieron los marxistas...», como en la defensa de la Patria, puesto que «... El Fascio resulta más patriótico que su rival marxista...» y «... subordina las clases sociales al fin del Estado...»<sup>188</sup>. La discrepancia con un gobierno dictatorial permanente puede que se deba a la esperanza de que el gobierno católico se creará gracias a la unión y acción de los católicos, que se suponen mayoritarios en la sociedad española. Hay que recordar que para los autores los fracasos en la lucha contra el liberalismo se deben a la inacción de ciertos católicos, «... los cuales, unidos según las normas de la Iglesia, formaríamos una legión invicta encargada de instaurar la política cristiana...»<sup>189</sup>, y a la unión de la minoría revolucionaria. En ese caso, la actitud de los católicos en el levantamiento de 1936, que para la revista fue ejemplar, explicaría el apoyo incondicional dado por la propia revista a Franco.

En lo que se refiere al régimen republicano, pese a que ya hemos dicho que los autores juzgan el «contenido» y no el «continente», son contrarios a la república en España. De la misma manera que para ellos la monarquía es «consustancial» a España, la república es un régimen que tradicional e históricamente ha sido defendido por la revolución. Dicho de otro modo, no es que la república sea el «régimen malo», sino que se trata del «régimen malo para España», ya que los autores dan por buena, por ejemplo, «... una república como la de Colombia, o del tipo de la república del Ecuador bajo la magistratura del mártir del catolicismo don Gabriel García Moreno...»<sup>190</sup>. La reflexión a este respecto es, pues, la siguiente:

... ¿es que en España la República puede decirse, en serio, que en nada afecta substancialmente al gobierno del pueblo y a las características tradicionales de la nación? Ya no hay ingenuos. Dicho con mayor claridad, ya no hay tontos. Y como no hay tontos, nadie ignora que, en España, «república» equivale a «laicismo» y profesar en España ideas republicanas con carácter militante, ateniéndose al programa y a la disciplina de los grupos republicanos, es sentar plaza en una organización anticatólica, anticlerical, revolucionaria, inspirada en los principios de la herejía liberal y contraria a la esencia tradicional del pueblo español<sup>191</sup>.

Por esta razón, durante el período de la II República se usará un tono de denuncia en los momentos en los que gobierne la izquierda y de aplauso, pero también de exigencia cuando gobierne la derecha. Pero sobre todo será la

<sup>186</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Período de transición», *La Avalancha*, 841, 8 de abril de 1930, p. 100.

<sup>187</sup> «El General Primo de Rivera», *La Avalancha*, 840, 24 de marzo de 1930, pp. 89-90.

<sup>188</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Algo sobre el Fascio», *La Avalancha*, 918, *op. cit.*, p. 182.

<sup>189</sup> *Idem*, «Período de transición», *La Avalancha*, 841, 24 de junio de 1933, p. 100.

<sup>190</sup> Luis, «La campaña revolucionaria», *La Avalancha*, 843, 8 de mayo de 1930, p. 129.

<sup>191</sup> *Ibidem*.

época de crítica a los fundamentos del régimen republicano, empezando por la Constitución y sus artículos «... 3, 26, 27, 43 y 48...», primero por el que reconoce que «El Estado español no tiene religión oficial»<sup>192</sup> y siguiendo por otros referidos a las congregaciones religiosas, la libertad de cultos, la educación laica y otros derechos civiles. Al tratarse de una constitución liberal, para los autores significará una vía libre para todos los posibles desórdenes públicos.

Desde la revista se advierte de que el régimen republicano es el primer paso de un proceso de «... tres etapas: I. República. II. Laicismo III. Socialismo. [...] Se pide la república moderada, como primer paso para el socialismo y la dictadura proletaria»<sup>193</sup>. Se trata de un régimen inestable, a juicio de los autores, por dos razones. La primera, que nace de la inquietud material y del «... estado de descomposición social [...] que es el oleaje superficial que alborota, pero movido al impulso de las corrientes profundas de los apetitos desatados en el fondo de las conciencias perturbadas»<sup>194</sup>. La segunda, que es fruto del sectarismo: «... todos los adheridos al Pacto de San Sebastián se podían llamar republicanos; pero entre ellos los había unitarios y federales, proteccionistas y libre cambistas, marxistas y antimarxistas, y [...] partidarios de un concordato con la Santa Sede [...] los sostenedores del Pacto de San Sebastián podían derribar la Monarquía, pero sin posibilidad de edificar sobre sus ruinas nada aceptable...»<sup>195</sup>.

Y detrás de esta incertidumbre y «... del afán general por los goces materiales, está el comunismo acechando su hora...». La República, por lo tanto, al ser la consecuencia de este contexto social, es la que posibilita el desorden social: «... ¿qué sería de las huelgas y atentados comunistas, que sería de sus propagandas revolucionarias, si la autoridad pusiera en reprimirlas la mitad del celo que pone en reprimir la reacción católica, la reacción tradicionalista, la reacción del orden?»<sup>196</sup>.

El problema, pues, estriba en la vulneración del principio de autoridad al que tanta relevancia se da desde las filas católicas, un principio que es garante del orden «... establecido por la Divina Providencia para que todos los hombres puedan marchar abrazados, desde todos los sectores sociales...»<sup>197</sup>. Por ello, «... si ese orden es perturbado por los partidarios del desorden, entonces el Estado, para restablecerlo, debe emplear, si fuere preciso, la fuerza pública que representa la coacción y la violencia [...] contra todos los ciudadanos que se levanten contra los poderes públicos legítimamente constituidos...»<sup>198</sup>, mediante, por ejemplo, la pena de muerte: «... no hay nadie, como no esté imbuido en todas las aberraciones de la barbarie, que no crea que en esta hora hay que castigar severamente...»<sup>199</sup>.

En resumen, todo se debe a la crisis moral derivada de la inclusión de valores liberales en la vida social. Dado que la República es un régimen li-

<sup>192</sup> E. F. Regartillo, «Reforma de la Constitución», *La Avalancha*, 969, 24 de agosto de 1935, p. 242.

<sup>193</sup> «Para que lo sepan todos», *La Avalancha*, 844, 24 de mayo de 1930, p. 157.

<sup>194</sup> Mirabal, «La propaganda comunista», *La Avalancha*, 865, 8 de abril de 1931, p. 97.

<sup>195</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Altibajos revolucionarios», *La Avalancha*, 931, 8 de enero de 1934, p. 8.

<sup>196</sup> Fabio, «¿Lo de menos?... ¿El enemigo?», *La Avalancha*, 891, 9 de mayo de 1932, p. 138.

<sup>197</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «El orden social», *La Avalancha*, 864, 24 de marzo de 1931, p. 86.

<sup>198</sup> *Ibidem*.

<sup>199</sup> M. P., «¡Temores!», *La Avalancha*, 950, 8 de noviembre de 1934, p. 330.

beral no respeta el principio de autoridad mediante el cual se frenarían las aspiraciones sociales basadas en el egoísmo y el materialismo, algo de lo que se aprovecha el socialismo para llevar a cabo la revolución, que «... se debe a los abusos morales, a pervertidas ideas toleradas»<sup>200</sup>. Y la revolución es totalmente contraria al orden natural, ya que el cambio social, en caso de darse, debería ser gradual y en función de los designios de Dios, y no a través de la acción inmediata y violenta de los hombres, que está sujeta a las más bajas pasiones y que supondría la aniquilación de la tradición, y por ende, de la Patria y de la civilización cristiana. Al ser la República un régimen que ni enseña valores cristianos ni reprime los que no lo son, el desorden y el descontento social suponen la deslegitimación del Estado:

... cuando tanto se ha hecho y tanto se hace para minar y destruir las instituciones religiosas que más contribuyen a ordenar y disciplinar a las gentes, ¿cómo se pretende que inspire consideración y respeto, y menos amor, una institución política que en sus instrumentos representativos agravia o descontenta, a la vez o alternativamente, a todos? [...] Formulamos los más ardientes votos por que el Estado vuelva a ser nacional. Siéndolo, tendrá y merecerá la confianza del pueblo. Y recobramos la cohesión que ahora parece irremisiblemente perdida<sup>201</sup>.

La denuncia por parte de la revista de los desórdenes públicos es constante y toca diferentes ámbitos, como puede ser el de la universidad: «Siempre fue algo agitada y turbulenta la vida universitaria, por culpa, generalmente, de la exaltación de la juventud escolar [...] Pero desde hace algunos años la Universidad, y con ella otros centros docentes, está siendo juguete de políticos desaprensivos a quienes les interesa convertirlos en clubs revolucionarios...»<sup>202</sup>.

Pero el contexto en el que con mayor crudeza se manifiesta la revolución es el de las huelgas, que se entienden solamente «... como último recurso, por haber otros medios de conseguirse el fin sin apelar a un estado de violencia...»<sup>203</sup>. Para los autores, las huelgas suelen ir más allá de la defensa de los derechos laborales en hechos concretos, lo que las convierte en hechos revolucionarios:

Se explica perfectamente que los obreros de un gremio se defiendan si se creen atropellados en sus derechos por patronos o autoridades, y que se defiendan dentro de la ley sin apelar a las huelgas que siempre producen trastornos en la economía nacional, [...] pero no se comprende que los demás gremios, a quienes no afecta el pleito, declaren también la huelga por solidaridad o compañerismo, como dicen, si no es para imponerse por la fuerza numérica, no por la razón y justicia, a fin de obtener las ventajas o mejoras de sus peticiones. Esto es la *ley del más fuerte*, que no constituye derecho alguno, sino abuso y atropello a la justicia<sup>204</sup>.

<sup>200</sup> P. Campos, «Tiempos de revolución son tiempos de esperanza», *La Avaluancha*, 917, 8 de junio de 1933, p. 162.

<sup>201</sup> M. P., «En pleno descrédito», *La Avaluancha*, 944, 8 de agosto de 1934, p. 226.

<sup>202</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «La universidad navarra», *La Avaluancha*, 935, 8 de marzo de 1934, p. 74.

<sup>203</sup> El Ribereño Navarro, «Las huelgas, ¿a quién favorecen?», *La Avaluancha*, 989, 24 de junio de 1936, p. 180.

<sup>204</sup> *Ibidem*.

Y detrás de todo ello está el enemigo externo, el comunismo ruso: «El propio Ministro de la Gobernación de la República ha dicho en dos ocasiones que la técnica revolucionaria de Trostky y el oro de Stalin se han unido para provocar en España la revolución soviética. [...] ¿Quién es tan ciego que no vea el fantasma del Soviet sobre los campos y ciudades de España?»<sup>205</sup>. Las consecuencias de estas revoluciones son estragos como los «... asaltos a comercios y tiendas, destrozos de lunas y escaparates, explosiones de bombas, incendios con líquidos inflamables y choques cruentos con la fuerza pública»<sup>206</sup> o como los cometidos en 1934 «... en los templos arrasados, en las casas incendiadas, en las monjas ultrajadas, en los sacerdotes quemados vivos, en los ciudadanos martirizados...»<sup>207</sup>.

Las revoluciones, sin embargo, tienen también su lado positivo, a juicio de la revista, porque sirven para visualizar las consecuencias y la crudeza del liberalismo y son un motivante para el pueblo católico:

... estos tiempos son de prueba; es más, son un justo castigo por nuestras complacencias con las doctrinas liberales, por nuestra tolerancia [...] De este desconcierto político social se ha de sacar algo útil y provechoso. La escuela de la adversidad produce siempre fructíferas lecciones. [...] Por eso la reacción se impondrá; porque las reacciones se imponen siempre cuando el pueblo [...] entraña en sí esa fuerza misteriosa que presta la fe y la ecuanimidad de su rectitud en la visión de los problemas esenciales<sup>208</sup>.

La confirmación de esta teoría llegará con la muerte de Calvo Sotelo, «... que los enemigos de Dios y de la patria tradicional han asesinado con un lujo de perversidad apenas conocido en la historia del crimen...»<sup>209</sup>, y con el posterior golpe de Estado, fruto de «... un odio santo y consecuentemente fecundo; [...] El odio a la injusticia, a la iniquidad, al atropello...»<sup>210</sup>. El levantamiento y la Guerra Civil se verán como hechos de reafirmación de la patria, como el «Glorioso resurgir de la España tradicional...»<sup>211</sup>. En este sentido, la civilización, entendida como la cristalización social de los valores católicos a lo largo de la historia, y la Patria, continuidad histórica del sujeto político y social ligado a la religión, darán paso a tres conceptos, a modo de metáforas, que servirán para entender los pormenores de la guerra y justificarla.

El primero de esos conceptos es el de «guerra de Independencia». Se refiere a la lucha contra el enemigo externo a la que aludíamos antes: «No vacilaron en vender la unidad de su patria, dispuestos a ceder, con disfraz de autonomía, regiones enteras al Extranjero. No vacilaron tampoco en vender su misma independencia, quedando la España roja a las órdenes de Rossenberg y mediatizadas por Moscou»<sup>212</sup>. Una independencia perdida ya que la Patria y la tradición que la define son contrarias a la revolución importada de otros

<sup>205</sup> Mirabal, «El peligro soviético», *La Avalancha*, 886, 24 de febrero de 1932, p. 49.

<sup>206</sup> El Ribereño Navarro, «Las huelgas, ¿a quién favorecen?», *op. cit.*, p. 180.

<sup>207</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «La revolución social y su remedio», *op. cit.*, p. 325.

<sup>208</sup> P. Campos, «Tiempos de revolución son tiempos de esperanza», *op. cit.*, p. 162.

<sup>209</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Los atentados», *La Avalancha*, 993, 24 de agosto de 1936, p. 249.

<sup>210</sup> Sincerissimus, «Odios santos y fecundos», *La Avalancha*, 991, 24 de julio de 1936, p. 209.

<sup>211</sup> P. Campos Ruiz, «Hora es ya de despertar», *La Avalancha*, 994, 8 de septiembre de 1936, p. 263.

<sup>212</sup> Fr. Sebastián de Ubrique, «Lucha entre dos civilizaciones», *La Avalancha*, 998, 8 de noviembre de 1936, p. 325.

países: «La España oficial que padecíamos [...] no era la España auténtica. Era un ejército invasor que había acampado en nuestros órganos de vida oficial. [...] Ahora unos nuevos turcos, unos nuevos asiáticos, rojos y crueles, vuelven a amenazar a Europa»<sup>213</sup>.

El segundo concepto está relacionado con esa asociación entre el mal de fuera y la lucha de valores. Se trata de la guerra santa o «Cruzada», la contienda entre dos civilizaciones distintas, o entre la civilización y los bárbaros:

Dos civilizaciones luchan a muerte sobre los campos de batalla en la hora actual. La una es heredera de Grecia y de Roma [...] la otra representa la barbarie asiática, concretada en el programa de la Tercera Internacional de Moscou. [...] Para buscar algo parecido hay que remontar la Historia y llegar hasta la batalla del Salado y la de las Navas de Tolosa, en la que chocan dos civilizaciones, y Europa se libró de caer en la barbarie mahometana. [...] No es esta una guerra civil, ni tampoco una guerra por formas de gobierno, ni por fronteras geográficas, sino una cruzada, en la que los que sucumben bajo el plomo de los rojos pueden ser equiparados a los verdaderos mártires<sup>214</sup>.

El tercer concepto se refiere más específicamente a Navarra. Y es que queda claro para los autores que Navarra es un ejemplo para los católicos en la guerra, condecorada con la Cruz Laureada de San Fernando «... por su heroísmo y sacrificio...»<sup>215</sup>, razón por la cual se recurre al tercer concepto, el de «Guerra Carlista». Además de las constantes loas a los requetés y a la inmensa cantidad de reportajes que se les dedica en los frentes, se establece un paralelismo entre las guerras carlistas y esta, como en el siguiente verso: «Se puso el mocico la boinica vieja, la de los carlistas que antaño trajera su cristiano padre de la otra guerra...»<sup>216</sup>. En el requeté de épocas anteriores queda plasmado el ideal católico debido a su lucha por «... el santo amor a la Patria condensado en el noble trilema “Dios, Patria, Rey” contra el soldado forzosamente enganchado en defensa de una causa que no era la suya; era la lealtad contra el perjurio; era la defensa de lo español contra lo extranjero; era la defensa de nuestros fueros y libertades contra el centralismo absorbente del liberalismo...»<sup>217</sup>.

A los desórdenes públicos, a la idea del enemigo externo y al carácter antirreligioso del régimen político hay que añadir otra razón que deslegitima la República, que es la de la negación de la victoria electoral del Gobierno, al entender que «... nadie ignora que la supuesta mayoría parlamentaria de Azaña fue conseguida después de una campaña de propaganda electoral llena de atropellos y amañada por medio del escamoteo de votos y la adulteración de los escrutinios»<sup>218</sup>. En función de las razones expuestas, se apela al «... derecho de resistencia a la opresión del auténtico pueblo español contra el despotismo y el crimen del Gobierno del Frente Popular...»<sup>219</sup>, de manera que se construye

<sup>213</sup> «Canto a la bandera española», *La Avalancha*, 995, 24 de septiembre de 1936, p. 274.

<sup>214</sup> Fr. Sebastián de Ubrique, «Lucha entre dos civilizaciones», *op. cit.*, p. 325.

<sup>215</sup> «El Generalísimo Franco y Navarra», *La Avalancha*, 1023, 24 de noviembre de 1937, p. 256.

<sup>216</sup> C. Royo, «Héroes de hoy», *La Avalancha*, 995, 24 de septiembre de 1936, p. 282.

<sup>217</sup> A. Utrilla, «Los jinetes de Zumalacárregui», *La Avalancha*, 1037, 24 de junio de 1938, p. 137.

<sup>218</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Sobre la legitimidad del Gobierno de Franco», *La Avalancha*, 1004, 8 de febrero de 1937, p. 28.

<sup>219</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Sobre la legitimidad...», *op. cit.*, p. 28.

la idea de la «guerra justa» en la que se reivindica que las guerras no solo hay que «... soportarlas, sino aplaudirlas con el mayor entusiasmo y servir las con toda la eficacia posible cuando las guerras sean declaradas para defender la Religión y la Patria...»<sup>220</sup>. Así las cosas, a partir de 1937 la revista mostrará su total adscripción al Gobierno Nacional poniendo, en todas las portadas y debajo del nombre de la revista, las palabras «Una Patria-Un Estado-Un Caudillo/ Una Patria: España-Un Caudillo: Franco».

Durante la guerra todos estos argumentos servirán para deshumanizar al contrario y marcarán la diferencia entre los héroes y los mercenarios, entre los valientes y los inconscientes, entre los mártires y los suicidas, entre los que luchan por una causa justa y los que combaten movidos por el odio.

Efectivamente, la causa es lo que define, en el discurso de *La Avalancha*, a los héroes, que son movidos por la «fe patriótica», ideal «... fuertemente arraigado en el alma de los combatientes que luchan en los frentes hispanos, [...] el que vence en todos los combates» y la razón por la cual se da «... la huida que se produce en los enemigos de nuestro ideal, [...] consecuencia lógica e irremediable de la ausencia de todo sentimiento nacional...»<sup>221</sup>. A ello hay que añadir la reafirmación, de cara a la guerra, de los valores católicos de sacrificio: «¡Dichosa guerra, que nos ha dado ocasión de conocer tantos y tan extraordinarios actos de resignación cristiana...»<sup>222</sup>.

En cambio, en el otro bando «... abundan los rojos que huyen delante de nuestros soldados como liebres asustadizas...», aunque también hay «Temerarios o suicidas que de ningún modo pueden ser comparados con los héroes de la Patria que la defienden dignamente, con las armas en la mano, aun a sabiendas de que su defensa puede costarles la vida»<sup>223</sup> y que si resisten es porque en sus filas hay «grandes criminales que la paz les obligaría a emigrar perpetuamente, pues de no hacerlo así perderían la vida en manos del verdugo encargado de ejecutar la pena de muerte impuesta en sentencia justa por los Tribunales»<sup>224</sup>.

Respecto a los ejércitos de ambos bandos, se sigue con la idea del Ejército nacional frente al extranjero. Mientras que el republicano «... está formado hoy, en gran parte, por soldados extranjeros mandados, principalmente, por caudillos rusos y franceses y sostenidos y armados con la ayuda descarada de la Francia oficial (hasta ayer por lo menos) y de la República de los Soviets», la presencia de extranjeros en el Ejército nacional es anecdótica: «... téngase muy en cuenta que los moros son súbditos del protectorado español de Marruecos acogidos a la soberanía de España. Adviértase también que si hubiere alemanes (que lo ignoro) sería formando una minoría insignificante...»<sup>225</sup>. Además, las tropas republicanas carecen de honor como, por ejemplo, al bombardear sus propias poblaciones: «No, señores; no fue la aviación de los nacionales. [...] la autora de

<sup>220</sup> *Idem*, «El paso de la guerra», *La Avalancha*, 994, 8 de septiembre de 1936, p. 265.

<sup>221</sup> M. Ancil, «Fe patriótica», *La Avalancha*, 995, 24 de septiembre de 1936, p. 273.

<sup>222</sup> A., «Así son las madres navarras», *La Avalancha*, 1026, 24 de enero de 1938, p. 2.

<sup>223</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Obstinación en la resistencia roja», *La Avalancha*, 1034, 7 de mayo de 1938, p. 102.

<sup>224</sup> *Ibid.*, p. 103.

<sup>225</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «La guerra civil e internacional en España», *La Avalancha*, 1006, 8 de marzo de 1937, p. 55.

esos bombardeos era la aviación de los rojos, interesados en desacreditar a los nacionales y levantar contra ellos la indignación del pueblo de Madrid»<sup>226</sup>.

Se trata, en definitiva, de la lucha entre las dos Españas; la verdadera, la «España *española*» y la «España falsificada, izquierdista...»<sup>227</sup>. Es el contraste entre «... la tranquilidad, la paz y la vida normal de las capitales y de los pueblos donde ondea la bandera de la España libre, independiente y única...»<sup>228</sup> y «... la España que incendia los templos, que destruye las sagradas imágenes, que inutiliza las joyas artísticas, que saquea los bancos y los hogares, que asesina ciudadanos indefensos, que ultraja mujeres virtuosas y que comete toda clase de atropellos...»<sup>229</sup>, como la «matanza de curas», «... plan de satánica traza y de aires infernales que las hordas rojas han puesto en inmediata ejecución al declarar implantado el comunismo en aldeas, pueblos, villas y ciudades...»<sup>230</sup>.

Terminada la guerra, se impondrá la lógica de *vencedores y vencidos*, en la que «El triunfo de las armas combatientes significa el predominio en la paz de esos ideales vencedores en la guerra...»<sup>231</sup>, cuyo Estado resultante será el deseado, durante los años precedentes, por los autores de la revista,

Un Estado que a fuer de católico, apostólico, romano, impida con mano dura cuanto la Fe y la Moral católicas condenan como erróneo o inmoral, y dentro de su órbita de acción ayude a la Iglesia católica a su fin sobrenatural de hacer hombres rectos de conciencia y de deber, esto es, hombres [...] cumplidores de su deber, no por miedo, ni por explotación, ni por ira, ni por simulación, sino por conciencia, por amor como siervos de Cristo...<sup>232</sup>.

Es la idea de un régimen que lucha contra el materialismo liberal y contra los desórdenes sociales mediante el *catecismo*, por un lado, y el *pan*, por el otro, «... un Estado corporativo en el que no sean posibles ni huelgas, ni “lokaut”, ni competencias aniquiladoras del débil y favorecedoras del potentado...»<sup>233</sup>.

En conclusión, para los autores la legitimidad del Estado se basa en su concordancia con el orden natural, que se traduce en el respeto al Pueblo Católico y en la autoridad garante del orden. Los años de la República suponen un duro golpe para ese pueblo impulsor de la verdadera civilización, pero también son una oportunidad para la regeneración y la reafirmación patriótica: «Es urgente en España la reconstrucción filosófica, teológica, literaria, científica, económica (agrícola e industrial) y en general de todos los órdenes de la vida; pero es mucho más urgente la *reconstrucción de la moral*, en más de veinte años de relaciones, escándalos, robos, atracos, expoliaciones y crímenes»<sup>234</sup>.

<sup>226</sup> J. Clavería de Arangua, «Impresiones de Madrid», *La Avaluancha*, 1006, p. 51.

<sup>227</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Borrón de la España roja», *La Avaluancha*, 1003, 24 de enero de 1937, p. 16.

<sup>228</sup> El Ribereño Navarro, «¡Despierta y escucha, obrero!», *La Avaluancha*, 994, 8 de septiembre de 1936, p. 266.

<sup>229</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Borrón de la España roja», *op. cit.*, p. 15.

<sup>230</sup> Orlando, «Voces del infierno rojo: «¿Dónde está el cura?»», *La Avaluancha*, 994, p. 262.

<sup>231</sup> J. P. Esteban y Chavarría, «Vencedores vencidos y vencidos vencedores», *La Avaluancha*, 1066, 24 de septiembre de 1939, p. 210.

<sup>232</sup> M. González, «Lecciones de la tragedia presente», *La Avaluancha*, 1041, 24 de agosto de 1938, p. 182.

<sup>233</sup> *Ibid.*, 1050, *op. cit.*, p. 13.

<sup>234</sup> Fr. Sebastián de Ubrique, «Reconstrucción», *La Avaluancha*, 1064, 24 de agosto de 1939, p. 182.



## CONCLUSIONES

¿En qué medida puede la ideología, mediante un discurso fuertemente sometido a un puñado de ideas, influir en el pensamiento de las personas? ¿Cómo puede la religión ser un eje vertebrador en la comprensión de todos y cada uno de los aspectos de la vida social? En lo que a *La Avalancha* se refiere, visto el momento en el que se circunscribe el estudio, la ideología es crucial en los procesos de cambio social, más cuando se trata de una ideología tan, efectivamente, ligada a la religión. En este trabajo hemos podido ver cómo se sacralizan la patria, la familia, el pasado y la guerra.

## RESUMEN

La Avalancha. *La realidad social a través de la prensa doctrinaria navarra*

El presente trabajo de investigación pretende explicar el pensamiento político del movimiento católico en Navarra. Para ello estudiaremos la revista ilustrada *La Avalancha*, mediante el análisis de todos los artículos que, durante la década de 1930, hayan podido tratar los diferentes aspectos de la vida política y social del país, teniendo en cuenta la propia realidad del período histórico en el que se ha limitado dicho análisis.

**Palabras clave:** Navarra; pensamiento político; movimiento católico; década de 1930; integrismo; catolicismo social.

## ABSTRACT

La Avalancha. *The social reality by Navarre doctrinal Press*

The present research seeks to explain the political thought of the Catholic movement in Navarre. We will study the illustrated magazine *La Avalancha*, by analyzing all items that during the 1930s, have been able to deal with different aspects of social and political life of the country, taking into account the reality of the historical period to which this analysis has been limited.

**Keywords:** Navarre; political thought; Catholic movement; 1930s; fundamentalism; social catholicism.

Fecha de recepción del original: 3 de julio de 2013.

Fecha de aceptación definitiva: 30 de agosto de 2013.